

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

INFO ABOUT RIGHTS
1 401118 242582
www.asfcreative.org/work



Ciencia Ficción
Fantasía
Terror





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>La esfera de nada</i> (DANIEL GUAJARDO S.).....	5
<i>La cara oscura de la Luna</i> (PATRICIA KIEFFER).....	15
<i>Los cuervos también despiertan al amanecer</i> (CÉSAR R. LUCIO PALACIO).....	22
<i>Guardianes de la conexión</i> (VÍCTOR M. VALENZUELA).....	26
<i>Bellar</i> (RICARDO G. GIORNO).....	33
<i>ABC</i> (JUAN M. VALITUTTI).....	36
<i>Un retrato con alma</i> (MARÍA R. NARANJO FERNÁNDEZ).....	42
<i>Sin serif</i> (HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO).....	45

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

www.facebook.com/pages/NM-La-nueva-literatura-fantastica-hispanoamericana/52327924907

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de Ediciones **Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1101118242982

Se agradece por haber tomado parte en este número a: NANIM REKACZ,
CARLOS RANGEL SANTOS y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Dragón"

Dibujo: ADRIÁN M. RUANO (<http://adrianruano.blogspot.com>)
Color: SEBASTIÁN CARDOSO (<http://ozzydogstudio.blogspot.com>)

Todo el Arte de la Guerra se basa en el engaño. Por lo tanto, cuando uno es capaz de atacar, ha de aparentar incapacidad; cuando las tropas se mueven, aparentar inactividad. Si está cerca del enemigo, hacerle creer que está lejos; si está lejos, aparentar que se está cerca.

Y de manera constante poner cebos para atraer al enemigo. Los buenos guerreros hacen que los ad-

versarios vengan a ellos, y de ningún modo se dejan atraer fuera de su fortaleza. Esto significa que, cuando los adversarios llegan para atacarte, no luchas con ellos, sino que estableces un cambio estratégico para confundirlos y llenarlos de incertidumbre.

"El Arte de la Guerra"

© HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, 2009.



HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

En **NM** publicó "La araña tiene patas cortas" (# 4 —2° accésit en el I Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas—) y "La hora de la hinchada" (# 17).

	PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante. http://revistaproxima.blogspot.com/	Consígalas en: * CLUB DEL COMIC: Montevideo 255, Capital Federal (A 1 cuadra de Av. Corrientes) * ENTELEQUIA Suc. Belgrano Juramento 2584 (a 1 de Av. Cabildo) * LIBRERIA DE ARTES Y LETRAS Avellaneda 306, Caballito, Capital (Casi esq Campichuelo) TAMBIÉN EN:
--	--	--

rostro y una voz mecánica gritó de algún lado:

—¡Quietos ahí! ¡Apártese de la puerta ya mismo!

Se quedó donde estaba, incapaz de reaccionar. La linterna se movía sobre su cara y a contraluz pudo vislumbrar autos, personas, gorras de policía, la silueta de un megáfono enarbolado, una voz en una radio confirmando el incendio, las sirenas, los bomberos que se acercaban. Alguien lo empujó a un lado, le gritó algo, lo dio vuelta contra la pared y le revisó la ropa, buscando un arma, con gestos de una violencia excesiva que parecía ocurrir lejos de su propio cuerpo.

Una voz lo trajo.

—Es él. Es Crosa... Es un delegado, un panadero... —decía la voz—. ¡Dios mío! ¡El hijo de puta también quemó mi local! ¡Lo quemó todo...!

Crosa giró el rostro para verlo, raspándose la piel contra el cemento de la pared. Lo reconoció. Era Menéndez. Dos policías lo sujetaban e impedían que se le abalanzara.

El policía que tenía en la nuca le estaba gritando algo.

—¡...las manos! ¡Junte las manos!

Sintió el metal cerrándose sobre su muñeca.

Menéndez se soltó de sus captores y golpeó la cabeza de Crosa, que rebotó contra la pared. La andanada de golpes continuó y el policía, que recibió una buena parte, lo soltó para detener a Menéndez. Los otros dos llegaron para ayudarlo.

Crosa miró la escena un par de segundos, aturdido. Luego corrió, haciendo caso omiso de los gritos y los silbatos. Corrió y corrió. De alguna manera atravesó el barrio y llegó a su casa. A su negocio. A su vida.

Que ya no existía. El par de esposas colgaba de su mano derecha, como una cinta que se hubiera atado para recordarlo.

Los gritos lo habían seguido. Frente a la puerta, pronto se convirtieron en golpes.

Fressante... Lo había engañado como a un niño...

Otro golpe. Crosa se sobresaltó. Ahora eran más espaciados y más fuertes. No estaban llamando. Iban a derribar la puerta. El temblor de las paredes confirmó sus temores. Apretó entre los dedos el libro que Fressante le había dado unas pocas tardes atrás, como si ese objeto prohibido fuera más comprometedor que haberlo descubierto en la escena del incendio con un bidón en la mano.

Otro golpe. La madera crujió y se astilló en un chasquido. Estaban por entrar.

Impotente, Crosa revoleó el libro, que golpeó la pared y se abrió a la mitad, dejando ver las hojas ennegrecidas, donde había estado guardado el pedazo de cartel quemado. Quizá Fressante había marcado esa página para él...

Ovidando los pasos que inundaban el negocio y que comenzaban a resonar en la escalera, se acercó a leer:

Verano austral. Nada mejor, entonces, que una tapa con una dama ligera de ropas.

Verano austral en la Argentina. Nada mejor, entonces, que aumentar los precios de los productos de primera necesidad, con motivo de las fiestas, porque hay que tratar de salvarse durante esos pocos días. Nada mejor, entonces, que aprovecharse de las necesidades de los desposeídos, porque cuando se carece de proyectos corresponde apelar a la confusión. Nada mejor, entonces, que hacer desaparecer mágicamente de circulación el efectivo, porque es necesario adquirir divisas en el mercado "paralelo" para enviarlas al extranjero o guardarlas en el colchón.

Nada mejor, por cierto, porque no todo el mundo lee CF y pocos saben que la mayor parte de las posibilidades ya las escribieron y describieron autores más preclaros que un puñado de sociólogos de salón, políticos dedicados a la contemplación de la pelusa de sus ombligos y formadores de opinión a tanto por palabra. Nada mejor, por cierto, porque no se quiere aceptar que, cuando cada uno haga por lo menos la mitad de lo que realmente *debe* hacer, las cosas marcharán —como mínimo— el doble de bien.

Evidentemente, siempre es más fácil para algunos acudir a las emociones —tanto positivas como negativas— que al pensamiento racional, a un proyecto planificado. Por supuesto, eso determina que las reacciones de los protagonistas, tanto las superiores como las inferiores, queden limitadas a hechos puntuales, a meros actos de supervivencia, sin mayor trascendencia, como no sea para el futuro inmediato.

Queda, sin embargo, el sujeto singular. Ése que crea, que indaga, que busca armonía en el desorden.

Están los escritores e ilustradores, que encuentran su tiempo para el arte, aun cuando parezca una causa sin sentido. Están los lectores, que también se preocupan por encontrar su tiempo para alimentar su espíritu con algo más que adocenados programas televisivos, en un reconocimiento implícito de aquellos creadores.

Por ellos, por cada uno de ellos, medios como **Axxón**, **Cuásar** y **Próxima**, entre otros, y la propia **NM** continuamos en la brecha, con material que acaso nos vuelva más escépticos en cuanto a las promesas del futuro, pero de ninguna manera pesimistas.

Eso se lo dejamos a los que no ven más que el presente o a los que no se desprenden del pasado. Nosotros sabemos que aún queda todo por hacer.

SANTIAGO OVIEDO



Los textos de esta publicación fueron editados con OpenOffice 3.2. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4.27 y Gimp 2.6. La revista se armó con PagePlus X5. Los archivos PDF se optimizaron con jPDFtweak 0.9.5.

sollozos que sacudieron su pecho en espasmos, mientras las lágrimas caían sobre el bidón. El miedo y la angustia que había querido enterrar le explotaban entre las manos. No podía seguir así. No podía...

Poco a poco el temblor fue pasando. Se quedó un largo rato en cuclillas, en silencio, la vista fija en el bidón brillante de humedad. La nota desteñida.

Tenía que hacerlo. Era la única manera. No podía quedarse allí, encerrarse en su trabajo como si nada hubiera pasado. Él había elegido ser un ganador. Y tenía que seguir adelante. Quizá no le gustaran las tácticas de Fressante, pero daban resultado. Y si las usaba esa vez el tipo dejaría de molestarlo. Y su propio negocio florecería, ya sin la sombra de Menéndez encima.

Esa misma noche incendió el negocio de Galante.

Era un edificio muy pequeño, antiguo pero sin estilo alguno. Se notaba que había sido una casa particular hasta que alguien había decidido convertirlo en panadería. Para ganar exhibición a la calle habían demolido los contornos de una ventana alta y lo habían convertido en vidriera. El efecto total no era muy impresionante. Crosa se preguntó cómo podía ser que Fressante lo considerara un serio competidor.

No quería pensar, no quería dudar. Así que se puso en movimiento. Constató que no hubiera ningún transeúnte a la vista y forzó la puerta. No fue difícil: la gente

confiaba cada vez más en la seguridad de la policía y menos en las cerraduras firmes.

Adentro, había sólo un aparador con algunas galletitas caseras, pepas y cuadraditos de membrillo. En un costado, dos cajones de madera, aún llenos de migas del pan del día. Apilados en estantes de otra pared, hileras de pan dulce y roscas de pascua.

Decidió que lo mejor era iniciar el fuego en la madera del sector del pan. Colocó allí la pila de madera y arrimó el aparador a manera de combustible. Luego roció todo el local con el querosén, hasta vaciar el bidón. Como un paso más de una receta que completaba de manera mecánica, encendió el fósforo y lo arrojó al aparador.

El fósforo cayó a centímetros de la mancha del querosén. Con un suspiro de alivio, Crosa lo atribuyó al destino. El fósforo se consumiría y eso sería todo. Sabía que no haría un nuevo intento. La determinación suicida que lo había guiado hasta ese instante lo abandonó.

El estallido del fuego fue tal que le alcanzó el rostro y el olor del pelo chamuscado penetró en su nariz. Retrocedió hasta la puerta. El aparador, los cajones de madera, los estantes, todo se había encendido al mismo tiempo. Las llamas bailaban y crecían. Era una fiesta a la que no deseaba ser invitado.

Dio media vuelta. El fresco de la noche alivió en parte el ardor de la cara. Notó que aún tenía el bidón en la mano. Una luz le encandiló el

Poner un pan viejo no era destruir panaderías. Dios... no quería verse involucrado en *nada* con ese tipo.

Dejó su copa y se puso de pie. Tenía que salir de allí. Tenía que acudir a la policía y denunciarlo. Ese tipo había prendido fuego a un negocio. A varios. Iría preso de por vida. Ésa era una buena forma de deshacerse de un competidor.

—Yo... tengo que irme... —Dio un paso vacilante hacia la puerta del estudio, seguro de que Fressante le cerraría el paso de inmediato.

—¿Tan pronto, Crosa? —Fressante bebió de su copa con un ademán despreocupado—. Pensaba que podríamos charlar un rato más, discutir los detalles de nuestra sociedad. Es mejor hacerlo aquí adentro, donde nadie puede enterarse de nuestros trapos sucios, ¿verdad, Rodríguez?

Escuchar su apellido fue como una puñalada. Crosa se detuvo en seco.

—Pero no importa. Lo entiendo. Todos tenemos cosas que hacer. *Usted* sobre todo. —Fressante hizo un gesto vago con la mano—. Y llévase el libro. Es un regalo. Una inspiración.

Crosa se obligó a caminar, a salir de la habitación y del negocio.

Cuando estuvo afuera notó dos cosas. Aún tenía el libro, *El Arte de la Guerra*, entre sus manos. Y seguía sin saber por qué Fressante no le había puesto *Panadería* a su negocio.

El supremo Arte de la Guerra es someter al enemigo sin luchar.

“El Arte de la Guerra”

Luego de su visita a Fressante, había pasado toda la noche desvelado, intentando imaginar una salida. Aunque el crimen de su competidor fuera peor, la falsificación de documentos también podía llevarlo preso. Y él no tenía pruebas de que Fressante hubiera hecho nada. Sólo su palabra.

Pero se negaba a convertirse en un criminal. Lo que él había hecho hasta ese momento era sólo eludir la letra fina de la ley. Jamás se le había ocurrido destruir la propiedad de otros.

Pasaron dos, tres días. Crosa dejó que la rutina lo absorbiera. La reunión comenzó a parecerle un mal sueño. Quizá Fressante no había hablado en serio. Quizá lo dejara en paz si no hacía nada.

Una tarde después de cerrar, Crosa estaba arriba, en su casa. Hubo un golpe. Bajó para abrir, preguntándose quién había olvidado un aniversario y estaría desesperado por un kilo de masas secas. No había nadie en la puerta. Sólo un bidón de querosén y unas maderas apiladas en el descanso. Como si alguien le hubiera acercado los utensillos para hacer un asado. Miró nervioso la calle vacía y metió todo en la casa.

Atada al bidón había una nota:

No olvide sus compromisos.

Los favores siempre se pagan.

De una manera o de otra.

Algo se quebró en su interior. Crosa cayó de rodillas y rompió en

LA ESFERA DE NADA

DANIEL GUAJARDO S.

El inspector Lak, de la Autoridad Sanitaria del Gobierno Exterior, escogió el momento apropiado para asomar su húmeda nariz en la estación n° 9, en órbita geoestacionaria con respecto a Ceres. Nadie lo esperaba a esa hora del ciclo solar, que es cuando todos duermen. Y, a decir verdad, Lak contaba con ello.

—Buen día —dijo Lak a la habitación vacía en el eje de la estación, al descender de la burbuja de transporte: su garra izquierda dibujando el círculo de los buenos deseos.

La IA portuaria emitió un crujido de disgusto, insultada en su orgullo al ser tratada como una simple criatura peluda. En ese preciso instante, otras IA menos impresionables hacían sonar la alarma en ciertos cubiles del anillo exterior de la estación. Alguien maulló diversos insultos; aún no era

tiempo para iniciar su turno... “¡Ah!, por supuesto; tenemos visita”.

Y mientras los dueños de casa se acicalaban para aparecer presentables ante la autoridad, Lak se deslizaba suavemente por los escalones del pasillo radial de acceso a los laboratorios, sintiendo en las almohadillas de sus pies la ilusión de peso que proporcionaba la aceleración centrífuga de la estación hasta llegar a un agradable 0,38 g estándar al final del camino.

Allí lo esperaba una agitada comitiva de cuatro científicos de distinto pelaje, todos con franca expresión de hastío y somnolencia; sus melenas desordenadas y perceptiblemente desaseadas.

—No es necesaria tanta ceremonia, jóvenes —dijo Lak, dando especial énfasis al primer insulto que le vino a los labios, al ver desbaratada

su operación sorpresa—. El protocolo es para personalidades y yo estoy sólo de visita. Una visita de cortesía. Si alguien quiere regresar a su ciclo de sueño, por favor, regrese.

Nadie se movió de su lugar. Suka tamborileó un mensaje encriptado a todo su equipo usando el control de mano, esperando que el inspector no lo notase. “Es una trampa. Él sabe”. Mantuvo la posición de firmes e inclinó el rostro para solicitar la palabra. Lak asintió.

—Inspector Lak —expresó Suka en tono neutral, más parecido al de una IA sin módulo contextual—, ciertamente preferiríamos dormir, ya que ése es nuestro derecho, pero tampoco podemos ignorar una visita oficial, aunque se trate de una visita extraoficial.

Lak ronroneó complacido, saboreando cada sincero insulto de la directora Suka. Muchos años atrás, gracias a su experiencia como inspector de Gobierno Exterior, llegó a la insólita conclusión de que odiaba a los zalameros, al extremo de que preferiría rasurarse los bigotes antes que aguantar a otro sonriente adulator. Y dado que Suka y su equipo no parecían pertenecer a ese grupo, probablemente disfrutaría de esta visita más que de cualquier otra, a pesar de su desagradable misión.

—Informe —dijo Lak por último, acercándose a Suka con paso marcial, asomando levemente sus colmillos. Ya habría tiempo para medirse en un duelo verbal.

—La abrimos —dijo Suka, pegando las orejas al cráneo. No lo pudo evitar. Aguantó la respiración mientras

la frase rebotaba dentro de la cabeza del inspector, cobrando sentido con cada nuevo latido de su corazón—. Puede obtener detalles específicos desde su consola; la IA maestra del laboratorio le dará acceso irrestricto a toda la información. Pero, para ahorrarle tiempo de análisis, permítame hacer un breve resumen mientras caminamos.

Suka dio un paso para colocarse junto al Lak, indicando con las garras que debían avanzar en dirección a uno de los pasillos, que los llevaría directo hasta el laboratorio donde se realizó el experimento. El resto del equipo se quedó en sus puestos, observándolos marchar.

Estamos perdidos, transmitió Perek en el canal común desde su consola, antes de perder toda compostura en un bostezo feral.

Y es gracias a ti, respondieron a coro Narda y Solek, por centésima vez.

—La esfera fue encontrada hace 5 mks por un equipo de explotación arqueológico independiente —comenzó Suka, observando con genuino odio a sus compañeros, que sonreían aliviados a medida que la curvatura de la estación los elevaba en el horizonte, mientras los mensajes e iconografías insolentes se desplegaban en su visor intraocular—. Se la halló en el interior de un asteroide carbonáceo del Cinturón B. En un costado de éste sobresalía lo que creímos que era una burbuja de cristal negro o algún fósil tecnológico del planeta olvidado. Pero luego de innumerables estudios resultó ser una esfera perfecta, encerrada en la roca desde

—Eh... se llama *Manual Básico de Mercadeo*.

—Ah, sí. Lo conozco. Creo que Menéndez también tenía un ejemplar. Aunque ahora sólo deben quedar cenizas.

Crosa no supo qué decir. Fresante se puso de pie, caminó hasta el escritorio y agarró uno de los libros.

—Aunque es un tema que tenemos en común, no lo invité para hablar de libros, Crosa. Como le dije esta mañana, hace tiempo que sigo sus movimientos. Sé que es un estudioso como yo. Y le puedo asegurar que no abundamos.

—Menéndez...

—No se engañe, Crosa. Menéndez es historia, parte del pasado. Tener un libro no asegura que el dueño sepa cómo usarlo. Eso es lo que a usted y a mí nos diferencia del resto. Eso es lo que hace que nuestros negocios prosperen.

Fressante volvió a sentarse, con el libro en la mano.

—Algún día seremos competidores, Crosa, no lo dude. Su confitería y la mía crecerán lo suficiente como para disputarse el territorio. Pero falta para eso. Y, mientras tanto, no hay nada que diga que no podemos cooperar entre nosotros. De hecho, nuestra cooperación ya comenzó...

Fressante le arrojó el libro. Crosa notó que había algo entre sus páginas. Lo sacó. Antes de desdoblarlo ya sabía qué era. La lona quemada con el nombre del Jefe Delegado de Panaderos y Confi-

teros. Crosa miró a su interlocutor, buscando la comprensión en sus ojos negros.

—Ya se habrá dado cuenta, Crosa, de que la suerte no existe. O por lo menos de que debemos ayudarla. Lo de hoy no fue un accidente. Fue estrategia.

Crosa se hundía en el asiento a medida que la idea se abría paso en su mente. Estaba frente a un loco. Un delincuente...

—¿Para qué, se preguntará? Para ayudarlo, claro. Sin Menéndez, la Confitería y Panadería Crosa tiene el campo libre para crecer. Lo mejor, claro, es que nadie puede acusar a Crosa, por la simple razón de que Crosa no lo hizo y tiene una coartada comprobable. Y nadie sospechará de Fressante, aunque lo haya hecho, porque la desaparición de Menéndez a Fressante no le reporta ningún beneficio directo.

Fressante se paró y se acercó al escritorio otra vez. Abrió una puertita y una luz iluminó un pequeño bar. Con una botella llenó dos vasos.

—Lo que necesito ahora es que me devuelva el favor. —Le alcanzó un vaso; Crosa lo tomó en un ademán de autómatas—. Hay una Confitería que no me deja crecer hacia el oeste del barrio. El dueño es Galante, un idiota que se da aires de importancia. Pero usted va a remediar eso, ¿verdad? —Fressante alzó su copa—. Brindemos por el fuego purificador.

Crosa no levantó su copa. Él no era un criminal. Pintar unas bolsas no era provocar incendios.

daba a entender que era especialista en confituras. Era una posibilidad. Intentaría averiguarlo sin demostrar su interés.

Más allá de eso, tenía que reconocer que el nombre era elegante. Aunque si Fressante retocaba sus bolsas como él, debía darle el doble de trabajo.

El negocio todavía estaba abierto. Entró. Una chica estaba ordenando las masas del aparador e inmediatamente le preguntó qué deseaba, aclarándole que estaban por cerrar.

—¿Tu papá está?

La chica sonrió, divertida.

—Usted se refiere al señor Fressante, ¿no? Ahora mismo lo llamo.

Se fue para el fondo, dejándolo con la boca abierta. ¿Fressante tenía una empleada? Aquel lujo sí que era inesperado.

Fressante apareció casi enseñada y no demostró sorpresa al verlo.

—Bienvenido, Crosa. Malena, yo me voy al estudio. Vos cerrá y nos vemos mañana.

—Bueno, señor. Hasta mañana.

Fressante lo guió hacia el fondo del comercio. Crosa lo siguió por un pasillo oscuro mientras intentaba adivinar cuánto le pagaría a la empleada y si ello aumentaría de alguna manera la cantidad de ventas de Fressante. En su negocio no eran muchas las veces que se acumulaban clientes, pero cuando ocurría Crosa sufría pensando que quizá se aburrieran de la espera y se marcharan. Por suerte, casi nunca ocurría.

Llegaron a un cuarto sin ventanas, con dos sillones y una biblioteca. Un pequeño escritorio en un rincón tenía una luz puntual encendida. Crosa se preguntó si allí retocaría sus bolsas.

—Qué bueno que vino, Crosa —dijo Fressante, acomodándose en un sillón—. Eso quiere decir que todo lo que pensé sobre usted es correcto.

Crosa iba a contestar cuando vio los libros que estaban sobre el escritorio. Con el corazón acelerado y sin cambiar de posición intentó leer los títulos en el lomo. Uno se llamaba *Mercadeo Universal*, de un tal Serge Karma. Los otros dos libros eran *Filosofía Oriental en las Leyes de Mercado* y *El Arte de la Guerra*.

Fressante lo miraba, atento, con una leve sonrisa en los labios. Era obvio que había dejado los libros allí para que él los viera. ¿Para qué? ¿No tenía miedo de que lo denunciara? Por su actitud, evidentemente no. Decidió hacer de cuenta que no los había visto.

—¿Conoce alguno, Crosa?

Le preguntaba de los libros, claro. Si le contestaba, sería evidente que los había visto. Y si no, al llamar su atención sobre ellos, no podría simular más. No tenía sentido darle más vueltas.

—No, no conozco los títulos —dijo. Enseñada, para no sentirse idiota, agregó—: Aunque imagino de qué tratan.

—¿Cuál es el suyo, Crosa?

—¿El mío?

—Sí, su libro de cabecera.

hace aproximadamente un millón de años.

Lak hizo un gesto de asentimiento. Suka sospechaba que él conocía toda la historia y que no sería necesario evitar ciertos contenidos clasificados... Pero, sin una confirmación de clase Alfa, no podía arriesgarse a soltar ni un pedo.

—La esfera fue sometida a todos los análisis posibles —continuó Suka—, absolutamente todos, y cada uno dio a su manera el mismo resultado: nada. Estábamos ante una gran nada. Entenderá que esta anomalía explica el porqué de tanto secreto, incluso ante la Autoridad.

Lak asintió, aunque en su rostro se demostraba un profundo desinterés. “Lo sabe todo, el maldito pelusón”, transmitió Suka por su consola.

“Llévalo a un cuarto acolchado y sácale la verdad con el truco de los glúteos”, transmitió Perek. Era un antiguo chiste pasado de moda. Suka sintió que sus orejas se desplomaban lentamente y que su visión sucumbía en un túnel de caza. “¡Te voy a destripar, Perek pelusa de ombligo!”.

—Nuestros teóricos —continuó Suka, fingiendo tranquilidad— llegaron a la conclusión de que estábamos efectivamente ante la “nada sólida” o vacío inverso, una no-sustancia de origen incierto, irreproducible con nuestra tecnología, con volumen de 1 kmm³ y masa de valor cero.

“Por supuesto que tal cosa no existe; no puede existir. Pero, ya que la teníamos ante nuestras narices, nos permitimos elaborar algunas teorías descabelladas. Por ejemplo, que

se trataba de un contenedor, de una cárcel, de un transporte interdimensional o de una cápsula de tiempo que sobrevivió a la destrucción y renacimiento de este universo, atrapada luego en magma durante la desaparición del planeta olvidado. En cualquier caso, intuíamos que debía haber algo en su interior. La llamamos el Arca.

“Y hace dos ciclos dimos con la llave que la abrió por fin, aunque sólo por accidente. —Lak irguió sus orejas a un ángulo de fascinación y alerta, mientras Suka luchaba contra la visión de túnel y la sensación de peligro—. Lamento decirlo, pero no podemos reproducir ese experimento.

—Eso... es... decepcionante —dijo Lak, con las pupilas dilatadas y las garras extendidas en un gesto reflejo. Suka lo ignoró nuevamente, aunque su instinto le decía que debía correr o defenderse—. Dígame, directora Suka, por qué.

—Es... más complejo de lo que quisiera, señor. Para resumir el problema, basta con decir que todos los equipos implicados en el proceso quedaron reducidos a basura, junto con los registros y las IA asociadas.

El rugido de Lak lentamente se transformó en un ronroneo disconforme. No acostumbraba perder los estribos de esa manera y menos ante criaturas de tan bajo rango.

—¿Entonces? —inquirió Lak, deteniéndose en el pasillo, justo ante la compuerta de entrada a una de las tres burbujas de soporte vital y recreación, un bosque en miniatura en medio del espacio.

Suka sólo pudo fingir un estornudo cuando su cuerpo se estremeció

con el espasmo de un escalofrío. No fue un estornudo convincente, pues Lak ahora presentaba una amplia sonrisa, al tiempo que colocaba sus garras en los agujeros de identificación de la compuerta. La IA de seguridad concedió acceso de nivel Alfa a esta sección y abrió la compuerta con un siseo.

Suka lo siguió, recomponiéndose a la fuerza.

—S-sabemos —continuó Suka— que el proceso se realizó con expositores de ondas y moduladores cuánticos, ambos en ronda aleatoria. En algún punto ambos procesos debieron coincidir con la secuencia exacta que abrió la esfera... Más bien, la esfera desapareció, revelando lo que contenía en su interior. Millones de seres vivos, microorganismos, toxinas, vegetales, algas, esporas y toda la gama de criaturas microscópicas del reino vegetal y animal, algunas de peligro insospechado, además de insectos y animales diminutos, incluso estructuras energéticas de suspensión autónoma...

“Cuéntale de la botella de refresco que Perek dejó caer en el modulador de campo Brana”, transmitió Solek. “Cuéntale de la explosión de taquiones y la cuarentena por *bacterias que se alimentan de carne*”.

“Mejor no le cuentes de las bacterias”, agregó Narda. “Si tenemos suerte, podría contagiarse con una y perder esas garras manicuradas de señorito espacial”.

“¡No le hables de mí!”, gritó Perek, transmitiendo iconografía avergonzada.

Suka decidió que era el momento indicado para filtrar los mensajes

entrantes hacia una carpeta en espera.

Se detuvieron ante un claro, una plaza circular bajo una cúpula con vista hacia las estrellas. Y, en su centro, una membrana de polímero electrificado mantenía cercada a una criatura de lo más extraña, desnuda y lampiña, con excepción de su cabeza y sobacos; de ojos de un color azul intenso y extremidades cortas, pero de movimientos ágiles, que se mantenía quieta, observando las constelaciones.

—Pero lo más relevante es él —concluyó Suka, comprendiendo que no tenía sentido esconder nada. Lak efectivamente poseía acceso de nivel Alfa, algo que las IA de seguridad no mostraban en su visor. Una razón más para sospechar.

El inspector temblaba de fascinación, con las orejas pegadas al cráneo y la boca entre abierta.

—¿Es peligroso? —consultó Lak, acercándose al cautivo con los hombros levantados y las garras extendidas, dispuesto a hacer aquello a lo que vino en primer lugar.

—Sí —respondió automáticamente Suka, con la esperanza de retrasar lo inevitable—. Si se acerca más, usted morirá.

Lak tragó con dificultad, sus orejas aún pegadas al cráneo. Retrocedió hasta quedar junto a Suka nuevamente, sin despegar los ojos del extraño. Sus informes no incluían esta información crítica. ¿Sería una falla en su sistema de *intelligentzia*... o Suka estaba mintiendo?

En ese instante la criatura los vio; levantó una mano y emitió una extraña melodía melancólica.

gran conocedor de las técnicas de venta, ¿no es así?

El inesperado halago de Fressante, acompañado por aquella mirada penetrante, lo paralizaron a tal punto que fue incapaz de negar lo que el otro le decía.

El hombre sonrió, tomando su silencio como un sí.

—Entonces, mi amigo, no puede decirme que no comprende lo que este... desafortunado accidente significa para su comercio. —Lo miró y volvió a sonreír—. Claro, claro que lo entiende...

Crosa miró sus manos, que aún sostenían el pedazo de cartel. Lo dejó caer de golpe, como si fuera a quemarlo. De repente deseó estar en su negocio, entre facturas y felipes, apilando miñones y figacitas. Lejos de allí. Lejos de Fressante.

—Sabe... —Habló sólo para llenar el silencio, intentando cambiar de tema—. Yo... estuve ayer en la Cámara... Quería felicitarlo por el discurso, por la manera en que manejó el debate...

—Muchas gracias. —Fressante contestó con un gesto ausente—. Se puede decir que manejar una asamblea es como manejar un comercio. Y, para hacerlo, usted y yo sabemos que no se puede improvisar. Yo... —el tono del comerciante pareció cambiar, volverse más amistoso— también soy un estudioso del comercio, Crosa. Del *mercadeo*. —La palabra prohibida viboreó en sus labios. Fressante lo miró, y sus ojos decían mucho más que sus palabras—. Los viejos libros de estrategia de venta decían

que, para dominar al enemigo, primero hay que conocerlo. Y, si el nuestro es el viejo capitalismo, se puede decir que soy un experto en mi enemigo. —Y agregó en tono confidente—: Claro que este tipo de conocimiento tiene muchas otras ventajas, ¿verdad?

Crosa asintió, sin animarse a decir nada, sin saber a dónde quería llegar ese sujeto. Había mencionado el mercadeo y daba a entender que había leído (y quizá poseía) libros antiguos. Libros prohibidos. Y él se sentía atrapado entre el temor a la denuncia y la excitación de tener al alcance más libros como el suyo.

—Debo irme —dijo Fressante y acomodó su sombrero.

Crosa casi se vio impelido a pedirle algo, no sabía qué. Fressante dio unos pasos y luego se volvió.

—Me gustaría que me visitara, Crosa. Podríamos charlar y compartir nuestros conocimientos. Podría ser interesante, ¿no le parece?

Crosa asintió otra vez, incapaz de hablar.

—Entonces lo espero esta tarde, luego de cerrar. Adiós.

(...) Pero si consideramos al mercadeo como una guerra, sólo una cosa es segura: nunca debemos tomar prisioneros.

“Manual Básico de Mercadeo”

Bajó del colectivo y caminó media cuadra hasta que vio el cartel. *Confitería Fressante*. Aquello le llamó la atención. No “Panadería y Confitería”. Sólo Confitería. Pero si también vendía pan... ¿por qué lo excluía? Quizá al no mencionar el pan

tenía montones de mercadería carbonizada, y Crosa intentó adivinar qué habían sido: una rosca de Pascua, pan de maíz, un par de tortas... Su imaginación se acababa allí.

Lo que más lo impresionaba era el estado de las paredes de piedra, que siempre había imaginado intocables por las llamas. Intactas, no debían de ser muy diferentes de las de su negocio. Pero allí el fuego había socavado el material que las cohesionaba. Algunos pedazos de mármol del frente se habían desprendido y se habían partido al caer. El revoque de todo el interior del negocio también se había consumido, desnudando un interior de ladrillos viejos y en mal estado. Si el dueño decidía reconstruir, probablemente tuviera que tirar todo abajo y empezar de cero.

Un brillo llamó su atención. Caminó hasta un montón de pedazos de mármol quebrado y lo revolvió con el pie. Entre las cenizas apareció una lámina de vinilo oscura y ennegrecida. La levantó. Al limpiarla con el dedo, descubrió algunas letras. Casi se podía leer el nombre completo: *Menéndez*.

El dueño estaba unos metros más lejos, hablando con la policía y los bomberos, relatando una historia que, por el tono, ya había contado una docena de veces: se había despertado temprano y al llegar al negocio el incendio ya se había iniciado, al parecer, en el depósito. Había intentado apagarlo pero el humo y el calor asfixiantes lo habían obligado a renunciar.

Crosa había llegado con el incendio ya apagado y el negocio devasta-

do. Le había dado sus condolencias a Menéndez y luego se había quedado apartado, simplemente mirando. Se dijo que debía sentirse abrumado (y así había sido al principio), pero a medida que transcurrían los minutos la excitación lo dominaba, al darse cuenta de que la suerte había vuelto a soplar a su favor. Su principal competidor estaba acabado. Tardaría meses en montar su negocio, y para entonces Crosa le habría robado toda la clientela.

—Triste, ¿no? —dijo una voz a su lado.

Era un hombre vestido de traje (casi para un funeral se dijo Crosa).

—Aunque en su caso podría decirse que es una suerte, señor Crosa.

Crosa se sobresaltó al descubrir que su interlocutor era Fressante. Pero lo que más lo alarmó fue notar que el comerciante había puesto en palabras lo que él había estado pensando un instante atrás. El hombre lo taladraba con sus ojos negros como piedra.

—¿Una suerte? ¿Cómo podría ser una suerte este tipo de desgracia?

—Crosa miró hacia los restos para dar énfasis a su idea y para evitar su mirada.

—Vamos, Crosa. No se haga el tonto. Yo sé que no lo es. Así como usted estudia a otros, yo he estado siguiendo su carrera, la manera en que lleva su negocio. —Ahora fue Fressante quien miró hacia el frente cuando Crosa giró hacia él—. Y nada de lo que hizo o hace me habla de improvisación. Por el contrario, puedo asegurar que me encuentro ante un

—Estamos intentando aprender su idioma —dijo Suka, sintiéndose más segura—. Lo que tiene en su regazo es una consola estándar de aprendizaje, programada para tomar cada sonido que haga como retroalimentación para nuestro traductor. Esperamos que la IA asociada pueda sacar algo en claro, pronto.

—¿Y el resto del contenido en el... Arca? —inquirió Lak, lamiéndose los bigotes—. ¿Hay algo... *reconocible*?

Suka aguantó el deseo de escupir una carcajada al rostro del inspector. Lo que Lak esperaba era encontrar algo *valioso*.

—Sí... Nuestro invitado tóxico traía consigo una gran cantidad de objetos catalogados como fósiles por diversos equipos arqueológicos del Gobierno Exterior e independientes y cuya función eran sólo especulaciones... Los nombró todos y explicó para qué sirven; en su idioma, por supuesto. Pero lo más fascinante es todo lo *demás* que traía consigo.

"La cubierta protectora de la esfera, la gran nada, simplemente desapareció en el momento en que el experimento dio con la clave... y en su lugar quedó un bloque de tierra y sobre él un trozo de lo que creemos era un edificio construido con técnicas arcaicas, que al carecer de apoyo por poco nos mata durante su derrumbe. Dada la alta seguridad en el laboratorio, ninguno de nosotros se vio expuesto a las bacterias ni a los gases presentes en la atmósfera protegida dentro de la esfera.

"Bajo el edificio oculto había tierra, fértil y llena de vida. Encontramos

gran cantidad de criaturas y microorganismos que sólo habíamos visto en sustratos fosilizados. Son la prueba irrefutable de que esta criatura y todo lo que había dentro de la esfera pertenecen al Planeta Olvidado. Aunque eso usted ya lo sabía.

Lak asintió, consciente de que ya no era necesario parecer indiferente.

—Apenas salimos del estupor inicial —continuó Suka— realizamos los procedimientos estándar para el control de atmósferas contaminadas y presencia de patógenos. Y, mientras lo hacíamos, vimos que esta criatura, este ser vivo bípedo, tan parecido a nosotros y a su vez tan distinto, emergía de entre los escombros de su edificio colapsado, gritando, malherido. Hicimos lo que pudimos; lo tratamos como a uno de los nuestros, utilizando el protocolo de cuarentena absoluta, y eso nos salvó la vida. Sus heridas sanaron, aunque todavía tiene problemas para caminar por un dolor persistente en la pierna izquierda...

—Todo esto es muy fascinante —interrumpió Lak, encarando a Suka a pocos centímetros de su rostro, expresando autoridad y poca paciencia—, pero, como ya dijo hace algunos minutos, está en el informe. No hay ninguna novedad para mí, con excepción de su toxicidad aparente. Lo que me interesa saber, directora Suka, es lo que *no está* en el informe.

El extraño en el centro de la plaza eligió ese momento para ponerse en pie y extendió sus brazos y piernas para realizar ejercicios de elongación. Suka aprovechó la distracción para

revisar el video de seguridad en alta velocidad. El sujeto llevaba muchas horas trabajando con la IA de traducción mientras ellos dormían y seguramente tenía el trasero acalambrado. Pronto querría alimentarse y expulsar sus excrementos.

Lak perdió la compostura ante la visión de su órgano reproductivo, oscuro y desproporcionado, envuelto en tupido pelo negro, y los vasos sanguíneos visibles bajo la pálida piel, como la de un enfermo terminal.

—Es macho —dijo Suka saboreando la reacción de Lak—. Y, con excepción de algunas funciones glandulares específicas y un desarrollo muscular apropiado para un planeta de mayor gravedad, y descontando lo obvio, es igual a nosotros. Es... nuestro antepasado directo.

Suka envió por video a sus compañeros las reacciones de Lak a medida que ocurrían: primero asombro, luego fascinación, después asco, más asco, una arcada teñida de rabia, hasta que vomitó a un lado. A lo lejos se oyó el eco de vítores y carcajadas.

—Su genoma es idéntico al nuestro en un 97%. Y dado que se trata de un ser que vivió en el Planeta Perdido hace aproximadamente un millón de años... bueno... nuestra teoría se basa en ese detalle y en que encontramos evidencia de la existencia de otro antepasado...

Suka transfirió imágenes seleccionadas de su archivo fotográfico a la consola de Lak, junto con todas las elucubraciones arqueológicas conocidas acerca de la civilización que habitó el Planeta Perdido. El inspector

aún no se recuperaba de las náuseas, cuando fue inundado con escaneos de imágenes en dos dimensiones obtenidas de una colección fotográfica encontrada entre los escombros del edificio. El mismo sujeto cubierto con ropas, trayendo en sus brazos lo que parecía ser un bebé, aunque con la complexión facial de un adulto. El mismo sujeto acompañado de otros como él, pero de distintos tamaños y colores, vestidos con trajes extraños en un contexto aún más extraño, posando para la cámara delante de una jaula que contenía a un felino cuadrúpedo gigante. Tras él, cielo azul, árboles de un verde complejo. Más imágenes, más felinos que parecen infantes pero que son adultos cuadrúpedos en pequeña escala, con una larga cola lanuda.

—La evidencia genética nos dice, sin temor a dudas, que alguna vez nuestros antepasados tuvieron cola —dijo Suka, sólo para incentivar el malestar del inspector. Lak debía de ser uno de esos conservadores intolerantes sin capacidad de asombro y toda esta situación debía estarle corroyendo las entrañas. “Por eso vino”, transmitió Suka al tiempo que abría el canal de mensajes entrantes.

“Tenemos respaldos redundantes de cada muestra encontrada en el interior de la esfera”, transmitió Narda. “Incluidas las muestras orgánicas del ocupante. Tengo los paquetes listos para su envío a nuestros asociados fuera del cordón, *apenas me des tu permiso*”.

“Tu proactividad siempre me asombra. Hazlo”, aceptó Suka. “Den-

tarea a seguir para cumplir su objetivo de crecimiento.

Había cosas para hacer a favor de su propia marca. La actividad de los proveedores tenía que ver con eso. Lo mismo el retoque de los logos en las bolsas. O cuando en las bolsas de compra del pan o las facturas incluía pequeños regalos para sus clientes: una masa, un *brownie*, una magdalena. Todo eso generaba un boca a boca entre los clientes y contribuía a construir su marca. Su nombre. Su negocio.

Y también había otras posibilidades. Cosas que había deducido del libro; cosas que había hecho. Como cuando se había disfrazado para ir a la panadería del barrio de Belgrano. Después de recibir su compra, había introducido un pan enmohecido dentro de la bolsa y acto seguido había generado un escándalo mayúsculo, lo suficiente como para que varios compradores se enteraran y a su vez le contaran a otros. El boca a boca negativo, que al destruir la competencia también hacía crecer a su marca.

Crosa sabía que ese tipo de acciones no eran del todo éticas, pero en su fuero interno se enorgullecía por haberlas imaginado y llevado a cabo. No requerían ninguna habilidad especial, sólo imaginación y empeño. Que él las hubiera consumado, y otros no, hablaba en favor de su propia inteligencia y resolución.

Hacía ya doce años que tenía el libro. Obsesionado con las postales de su padre, había acudido a un comercio de artículos de limpieza que se decía que también actuaba como

mercado libre de antigüedades prohibidas por la Cececé. No había encontrado las postales pero sí el libro. Y apenas leyó el título supo que debía comprarlo. Le había costado el producto de dos meses de ventas, pero a la larga se había pagado con creces.

Cerró el libro y se quedó mirando la tapa. “*Manual Básico de Mercadeo*” decían las letras en relieve. Más abajo: “*Todo lo que necesita saber para triunfar en el feroz mundo de los negocios*”.

Y de pronto se le ocurrió que si a los negocios de Menéndez y Fressante les iba igual o mejor que a él, eso sólo quería decir una cosa: usaban los mismos trucos. U otros. Sólo era cuestión de ir a espiar un poco en sus negocios; si descubría algo, quizá después alguien hiciera un par de denuncias anónimas a la Cececé y terminarían por clausurarles el local.

La competencia es una ley inevitable del mercado. Sin embargo, hay una forma infalible de adelantarse a los movimientos de una marca rival: conocerla tanto —o más— que a la propia marca.

“Manual Básico de Mercadeo”

El incendio no sólo consumió el interior del edificio sino que lo había convertido en un caos, al punto de volverlo irreconocible. Las vigas ennegrecidas se amontonaban sin orden alguno, mezcladas con restos de maquinaria y esqueletos de alambre de cestas y repisas; un par de pinzas para facturas retorcidas por el calor; el esqueleto de un portarrollos de papel. Un mos-trador con los vidrios estallados aún

Crosa despidió el último cliente y giró el cartelito de la puerta a “cerrado”. Había estado impaciente toda la tarde, esperando estar solo para concentrarse en sus problemas. Y donde mejor podía hacerlo era aislándose en su “taller de mercadeo”, como lo llamaba él.

Después de apagar toda la iluminación del local abrió la puerta del sótano y bajó. Había preparado una pequeña habitación allí abajo. Ahí trabajaba en sus bolsas, sin miedo a ser sorprendido.

Con una delicada Rotring que había comprado a un anticuario (el único elemento de anotación que la Cececé permitía era el lápiz) retocaba los logos uno a uno, dibujando, prolongando las letras hacia abajo y hacia arriba, ensanchando sutilmente los contornos de la C y la O, los brazos de la S y la panza de la A. Una vez terminado todo ese retrabajo, el logo generaba una percepción de elegancia que ninguno de los que él conocía tenía.

Cada vez estaba más temerario. Cada vez extendía más el retoque. Incluso había estado sopesando la posibilidad de agregarle un pequeño *serif* (el libro decía que ese estilo de tipografía otorgaba mucha personalidad) pero sabía que era un riesgo demasiado alto. Una cosa era alargar unos milímetros la pata de una letra y muy distinto un remate como ése, que cualquiera podía notar.

Y quizá tampoco fuera necesario. Aunque nadie notaba a nivel consciente la diferencia que él generaba en el logo, muchos clientes le habían hablado de lo elegante que parecían sus bolsas.

Terminó la que estaba trabajando, la puso en la pila de las bolsas retocadas y agarró otra de las que le entregaba la Cececé. Empezó a trabajar en la C con la Rotring.

El cambio de nombre era otra de sus movidas que había valido la pena. Ya había dado sus frutos. Igual que todos los consejos del libro que había seguido. El negocio nunca había crecido tanto. El único límite para su crecimiento eran las panaderías cercanas.

La Cececé fijaba un territorio de ocho manzanas para cada comercio, y ninguno del mismo ramo podía instalarse allí. En la realidad pocos negocios respetaban ese límite, porque la única manera hubiera sido exigiéndole comprobantes de domicilio a los compradores. Y claro, ninguna lo hacía. Panaderías como la de Menéndez, la de Fressante o la suya acaparaban clientes en un radio mucho mayor a ocho manzanas. Y aunque la de Fressante era quizá la más grande, la de Menéndez era la que más le preocupaba a Crosa, ya que estaba a menos de seis cuadras de la suya. Nunca podría crecer mientras Menéndez prosperara.

Apiló la bolsa y tapó la Rotring. Ya tenía suficientes bolsas para un día. Era mucho trabajo retocarlas manualmente, pero el mercadeo era un arte, algo artesanal. Así decía el libro. Su “Biblia”.

El libro lo había inspirado. En casi todo. No era como un libro de recetas, con una lista de ingredientes y pasos a seguir, pero de cada párrafo, de cada enseñanza, Crosa podía extraer un curso de acción, una

tro de una hora podríamos estar muertos...”.

Lak se incorporó, suspiró audiblemente y observó su desayuno esparcido en un pequeño charco ante sus pies, paladeando el sabor ácido de su propio estómago. Su paciencia llevaba pocos segundos agotada; no era necesario continuar con la farsa. Encaró a Suka, extendió sus dos garras y la atrapó por el cuello, apretando levemente para disfrutar el momento. Ella intentó liberarse rasguñando los antebrazos, manos y rostro de Lak sin causar ningún daño. El inspector parecía hecho de metal.

—Un... puto... ciborg... —masculló Suka, al tiempo que enviaba una palabra clave a sus camaradas para que escaparan, mensaje que no salió de su consola. Las IA de la estación conspiraban en su contra, compelidas por una orden superior.

—No, joven Suka —dijo Lak con una mueca feroz—. Se llama doble piel, una extensión portátil de la burbuja de transporte. Tecnología de uso militar. Sólo los representantes e inspectores del Gobierno Exterior tenemos acceso a ella. Lamentablemente, ustedes no.

”No habrá ningún lanzamiento, ningún envío de correspondencia, ningún llamado de emergencia por tensorrayo, ningún traspaso de información de ningún tipo. He anulado todos sus privilegios. La estación será destruida y con ella cualquier atisbo de lo que se descubrió aquí, incluidos ustedes.

—¿Por qué? —fue el rugido indignado de Perek a través de el sistema

de altoparlante. Lak tuvo acceso a toda su conversación encriptada, desde el comienzo.

—El Gobierno Exterior está repleto de fanáticos extremistas que no desean ningún tipo de cambio en el estatus de las cosas —dijo Suka con un largo quejido—. Creen que las teorías acerca de nuestro origen como especie confundirán a los habitantes de los cordones de asteroides. Perderán parte de su poder ganado a la fuerza mediante crímenes como éste. Todo lo que sabemos, lo que creemos, se reducirá a la certeza de que éramos mascotas...

—¡Mascotas! —rugió Lak y apretó con más fuerza hasta que Suka perdió el conocimiento—. Somos las únicas criaturas vivas en el Universo; estamos a un paso de lograr la inmortalidad, y ningún *primate* de la prehistoria cambiará...

Lak detuvo su monólogo al ver la sombra que proyectaba alguien a su espalda. Soltó a Suka y se giró para atacar, deteniéndose en seco y dudando por un segundo, tiempo suficiente para que la criatura lampiña de ojos azules lo golpeará en pleno rostro con su puño descubierto. El golpe no le causó daño alguno a Lak, pero sí la sangre de su agresor, que escurrió desde los nudillos magullados directamente en la boca del inspector.

Lak escupió, gruñendo presa del pánico, pero una sola gota bastaba. Perdió rápidamente el control sobre su sistema nervioso periférico hasta caer al suelo, convulsionando, escupiendo espumarajos.

El extraño antepasado de los felinos espaciales permaneció allí,

observando la muerte de Lak con estupor, lamiéndose la herida superficial de su mano mientras Suka desperataba adolorida y mareada. Al ver el efecto final de su sangre en el felino muerto, el extraño regresó al centro del parque, donde la barrera de polímeros yacía rasgada.

—Qué... —comenzó a decir Suka cuando Perek, Narda y Solek llegaban a su lado, manteniendo una distancia prudente del inspector fallecido.

—El extraño podía escapar de esa prisión cuando quisiera —dijo Narda ayudando a Suka a ponerse en pie—; el campo energético no le hizo ni cosquillas. Míralo; si yo tocara esa barrera estaría chamuscada.

—Eso nos da una pista acerca de su naturaleza subatómica —dijo Suka acariciando las orejas de Narda, sonriendo complacida. Se liberó del abrazo protector de sus camaradas científicos y avanzó hacia el extraño, poniendo cuidado de no pisar las manchas de sangre en el suelo—. La teoría de Solek acerca de la firma energética en los átomos de su cuerpo podría explicar el porqué de su toxicidad. Tenemos los mismos átomos, somos parientes lejanos, pero compartir el aire con él por más tiempo haría que las partículas de carbono expelidas por su aliento nos envenenen lentamente. Ya está ocurriendo.

—Hoy nos protegí, aunque somos sus carceleros. Aunque somos tan distintos físicamente, puedo ver en este simple gesto que tenemos almas similares... Pero no podemos salvarlo. Prácticamente pertenece a otro universo. Si lo llevamos con nosotros, moriremos. Si nos quedamos con

él, moriremos. Si lo dejamos solo, morirá...

—Hay una mejor manera de agradecerle —dijo Perek, investigando el cuerpo de Lak en avanzado proceso de descomposición, con ayuda de una rama seca—. Esta tecnología de doble piel aplicada al ocupante podría evitar que las bacterias dejen su cuerpo, al igual que las células de piel muerta y cualquier partícula. Y si nosotros usamos una igual, y agregamos una máscara para él..., podría gozar de algún grado de libertad y compañía hasta que encontremos una manera mejor de ayudarlo.

—No hay tiempo para eso —interrumpió Solek—. Con la muerte de Lak es seguro que se dispararon alarmas en todos los niveles. Si estamos aún con vida es porque el inspector tenía exceso de confianza en el resultado de su misión.

—No nos quedaremos a esperar —dijo Suka, con las orejas elevadas, imponiendo su buen ánimo al resto del equipo—. Narda, envía esas muestras como acordamos. Mientras más sepan la verdad, más difícil será acallarla. Perek, arroja el despojo del inspector al reactor antes de que nos contagie con su peste, y aprópiate de la tecnología de doble piel, ¡ahora! Cada segundo que pasa es un segundo menos de vida. Solek, haz los preparativos para un viaje a toda velocidad hacia el interior del sistema...

—Jefa —interrumpió Narda—. ¿Incluyo en los paquetes de respaldo nuestra teoría de la retrocreación del campo de autoestasis esférico?

—¡No! —rugió Suka, zanjando la discusión. “Nosotros creamos la

existente. Fue allí, y los que estamos acá deberíamos saberlo más que nadie, que de las cenizas del viejo capitalismo surgió el Nuevo Código. El reglamento del *Basicapitalismo*, como lo llaman los historiadores. Ahora los comerciantes y productores no vendemos, *informamos*. Y no inventamos marcas que vendan sueños a los compradores. Usamos nuestros apellidos como garantía de lo que hacemos.

Ya en medio del recinto, Fressante giró para mirar hacia el estrado.

—Desde que yo nací, una bolsa de almacén es amarilla y una de color natural es de panadería. Hoy al señor Trinidad se le ocurre que puede ser al revés. ¿Cuál es el sentido? ¿Confundir a la gente? Y si le hiciéramos caso, ¿qué impide que el día de mañana se despierte y diga “Hoy, la bolsa de almacén es roja”. Nada.

Mientras hablaba, comenzó a caminar hacia el frente.

—Porque el color también es algo ficticio. Es algo que usamos sólo para diferenciar. Para ayudar a la gente a reconocer cosas. Cuando nuestros padres se reunieron para redactar el Nuevo Código de Comercio Nacional, no estaban diseñando una revista de modas. No se preocupaban por la combinación de los colores como si fueran prendas de una vidriera. Estaban sentando las bases de nuestro nuevo modo de vida. Un mejor modo de vida.

Hubo murmullos de asentimiento en todo el lugar. Crosa mismo se vio tentado de afirmar con la cabeza. Fressante, otra vez en el

estrado, tenía a la audiencia donde quería.

—Y yo digo que cualquier cambio que se haga a este libro —volvió a golpearlo, enérgicamente— está atentando contra nuestro modo de vida. Hoy es el color de una bolsa. Mañana puede ser el permiso para poner un cartel de publicidad en una terraza. Y pasado mañana nos encontraremos con que todo por lo que pelearon nuestros padres se fue al tacho de basura. Y pregunto: ¿estamos dispuestos a perderlo todo por el color de una bolsita de papel?

Fressante hizo una pausa y miró a todo el auditorio, como si realmente pudiera verlos a todos.

—Yo digo que no.

Fressante volvió a su lugar, se sentó y todo el resto del auditorio se puso de pie, aplaudiéndolo. Algunos se levantaron de sus asientos para acercársele y felicitarlo. Crosa alcanzó a ver que Trinidad se levantaba pero en dirección a la puerta del salón. A cinco minutos de la votación, el resultado no podía ser más evidente.

Crosa votó, felicitó a Fressante y se fue rápido. Tenía mucho en qué pensar.

Una marca no es solamente un nombre. Una marca tiene una personalidad que empieza a definirse en un logo —con una tipografía privativa— y se completa en un eslogan, que no es otra cosa que la filosofía de la empresa.

El logo de una marca tiene una sola premisa básica: ser distinto de los demás.

“Manual Básico de Mercadeo”

el rojo para la cruz roja de las Farmacias. O el verde para las Verdulerías. Si me perdonan el chiste fácil, se caen de maduro —A pesar de estar anunciado, el chiste despertó algunas risas—. A nadie se le cruza por la cabeza cambiar esos colores. ¿Por qué? Porque los conocemos desde que nacimos. Es así: la cruz roja es roja desde que nacimos. Y si la cruz roja es el símbolo que identifica a las farmacias es lógico, qué digo lógico, *obligatorio*, que usemos el rojo en las bolsas del sector Farmacia.

Los chiflidos habían cesado por completo. Crosa pudo ver que muchos de los delegados asentían a las palabras de Fressante, incluso algunos de los que habían aplaudido a Trinidad. Era lógico: sólo estaba dándoles la razón.

—Claro: todos *sabemos* que la cruz es roja. ¿Pero qué hubiera pasado si hace doscientos años el creador de la cruz la hubiera hecho verde? ¿A quién le hubiera correspondido el color verde en el momento de redactar el Código: a las verduras verdes o a las farmacias representadas por la cruz verde?

—¡Cómo, ¿la cruz *no* es verde?! —gritó uno desde atrás, desde el sector de Construcción. La gente comenzó a murmurar. Crosa se preguntó si el plan de Fressante era confundir a la gente. O si no tenía ningún plan.

—Yo digo que no importa —sentenció Fressante.

—¿Cómo que no importa? —gritaron algunos almaceneros. Ya era poco ortodoxo tenerlo a Fressante

hablando fuera del estrado, y entonces Trinidad se acercó al micrófono para hacerse eco de las protestas, hablando fuera de su turno:

—¿Cómo que no importa? ¿El Código tá mal? ¿Le ponemo a toda la bolsa el mismo coló?

—Claro que no. Se trata justamente de eso —siguió Fressante y, ahora sí, salió de su lugar y se acercó al frente.

Trinidad retrocedió a pesar suyo, mientras Fressante se paraba junto al estrado. Se produjo un silencio abrupto. De pronto, Fressante golpeó el libro que tenía ante sí, en el estrado.

—El Código *es lo único* que está bien. Cada sector *debe* tener un color. Y ese color es el que el Código le da. Si lo importante fuera el color, hoy se estaría debatiendo si el verde es para las farmacias o las verdulerías, aun cuando el Código ya determinó a quién le corresponde. Y yo digo que no importa a quién le queda mejor un color. Hace treinta años, cuando se produjo el *Big Crack*, a nadie le importó de qué color eran los billetes o las acciones. Todo se derrumbó. Todo perdió valor. Porque era un valor ficticio.

Fressante volvió a alejarse del estrado y del micrófono, pero su voz no pareció decrecer. Por el contrario, subió el tono de manera teatral:

—Las acciones en las bolsas de comercio eran ficticias. Las marcas eran ficticias. La publicidad era ficticia. Todas las reglas que regían una vida orientada al consumismo estaban enmascarando un mundo ficticio, in-

esfera en el pasado”, pensó perdida en el azul de los ojos desconsolados de su extraño ancestro. “Nosotros lo trajimos. Tal vez nosotros propiciamos la destrucción del Planeta Perdido al crear la esfera. No podemos permitir...”.

El eco de las últimas palabras de Lak en su propio discurso le hizo sentir náuseas. Su equipo la dejó a solas con el extraño, para realizar sus labores con acelerada precisión. Y ella se quedó allí algunos minutos, deseando poder abrazar a la criatura y decirle que lo lamentaba, que él no tenía la culpa, que —si le servía de consuelo— sus genes sobrevivirían y eventualmente sería clonado. Una nueva especie, mejor adaptada a ambientes de mayor gravedad, capaz de adaptarse incluso a las variantes climáticas de algunas de las colonias más complejas de la galaxia. Sus hijos caminarían nuevamente sobre tierra firme.

—¿Recuperamos las IA? —preguntó al aire. El extraño ante ella se sobresaltó con su rugido y luego mostró los dientes romos, inofensivos, arrugando el rostro. En él ese gesto no significaba agresión, sino comprensión, simpatía. Suka se odió aún más por ello. “Si pudiera entender lo que quiero decirte...”.

—Estamos en línea y operativos —fue la respuesta de Perek—. Los sensores externos muestran peticiones de acceso por tensorrayo, lejanas aún, pero claramente agresivas; no dejan de tantear todas las vías de acceso. El bloqueo de Lak evitó que entraran en primer lugar. Tenemos...

—Poco tiempo, lo sé —interrumpió Suka, mientras el extraño abría la cortina energizada sin sentir ni cosquillas, manteniendo distancia prudente con Suka para alejarse hacia la zona sanitaria—. ¿Podemos separar esta burbuja y adosarla a nuestra cápsula de escape?

—Nos retrasará demasiado —respondió Narda desde algún lugar de la estación—. También me gustaría llevarlo con nosotros; me dan ganas de abrazarlo, con esos ojos de bebé asustado suyos... Estamos listos para partir. La nave sale en veinte. Traigan lo que tengan puesto.

—Bien —dijo Suka y cortó toda comunicación. Dibujó un icono sonriente en el suelo usando su garra, acompañado de una flor fresca, y se marchó sin mirar atrás. En su trote por el pasillo encorvado hacia la escalera radial, y desde allí hacia el núcleo de la estación, lloró recordando al extraño y su relato ininteligible acerca de las imágenes en su álbum de fotos, su familia, sus amigos, sus mascotas; todo lo que sabía, lo que era, desaparecido hace un millón de años. *Es igual a nosotros. Somos iguales a él.*

La cápsula de escape aguardó adosada a un extremo de la estación, disfrazada con basura y excrementos congelados. Sus cuatro ocupantes aguantaron la respiración hasta que la explosión de la estación n° 9 los envió dando tumbos entre los asteroides del cinturón. Perek eligió ese momento para compartir una imagen trucada del extraño, con el rostro de Suka como el extraño, y la expresión azulada del mismo extraño en el felino que tenía entre sus brazos.

Suka lanzó una carcajada e inmediatamente le asestó un rasguño a Perek, que rasgó la punta de su oreja izquierda. Apenas estuvieran a salvo,

se prometió enseñarle a golpes que hay cosas que no se hacen.

© DANIEL GUAJARDO, 2010.



DANIEL ENRIQUE GUAJARDO SÁNCHEZ
(Chile —Santiago, 1977—)

Periodista y diseñador de sitios web, en **NM** 5 publicó “Abajo está el paraíso”.

ése fuera uno de los encargados de regir el destino de la vida comercial de la ciudad.

—Eto puede parecer egoísta y hasta deconsiderado por nuestra parte. Parece que etamo tomando el color de otro setor sin medir la consecuencia. Pero no e' cierto: el color amarillo e' ideal para el sector de Panadería y Confitería. ¡Qué mejor color pa' vender produto que se hace con semilla e trigo!

Trinidad se sentó. Todos los de su sector y unos cuantos más lo aplaudieron. Aquello no le gustó nada. Rara vez la gente aplaudía antes de escuchar las dos campanas. Si antes de que el otro representante hablara algunos ya habían tomado partido tan abiertamente, eso quería decir que había muchos más dispuestos a votar en contra. Y todos sabían que lo que allí se jugaba era mucho más que un color.

La bolsa de color natural (papel maderado) era la única que no se sometía a ningún tipo de teñido. Por eso resultaba atractiva para el público: porque el producto que compraban no entraba en contacto con ninguna tintura (inocua pero tintura al fin, a los ojos de los compradores), y porque, al no desteñir con la lluvia, la gente solía usarlas para transportar sus propias cosas. Más de una vez había visto, el pecho inflado de orgullo, escolares de su barrio llevando sus útiles en bolsas Crosa. ¡Eso era publicidad gratis! ¡Los Panaderos *no podían* perder esa ventaja!

Impaciente, con ganas de subir él mismo a defender al sector, Crosa miró a Menéndez, que seguía en el

frente pero demasiado relajado, sin amagar a tomar la palabra, como si lo que se hablaba allí no le incumbiera a su sector. El Presidente se adelantó hasta el micrófono:

—En representación de Panaderías y Confiterías, a pedido del jefe del sector, hará uso de la palabra el señor Fressante —anunció.

Crosa se revolvió inquieto en la silla. Aquello era muy irregular. Todos sabían que Menéndez era un inútil, pero ceder la palabra en el debate más importante del año era pedir que le pegaran una patada en el culo. Y no lo hubiera reconocido, pero lo que más le molestaba era que se la cediera a Fressante.

La gente siguió con la vista al frente, esperando que el orador subiera al estrado, pero Fressante sólo se puso de pie y permaneció en su lugar, en medio del recinto. Aquello era aún más irregular, y a muchos no les gustó.

—Agradezco al señor Presidente de la Cámara y al Jefe Delegado la posibilidad de hacer uso de la palabra para responder a las inquietudes del señor Trinidad y de todo su sector...

Algunos lo chiflaron pero Fressante siguió como si nada. Crosa reconoció que desde aquella posición, sin necesidad del micrófono, su voz llegaba a todo el auditorio, lo dominaba con su actitud.

—...inquietudes válidas por cierto, si se hace abstracción de la historia y nos ponemos a mirar y discutir colores como si anduvieran sueltos por el mundo. Podemos pensar que hay colores que son *inevitables*, como

pensarlo), que tenía una panadería más bien chiquita en la Séptima y la 23. Y Sotelo, que había vuelto a abrir una modesta confitería después de que la anterior sucumbiera a un incendio. Inexplicablemente, al lado de Sotelo (casi tan cerca como estaban sus panaderías) estaba sentado Fressante, quien probablemente habría podido darle a Sotelo explicaciones sobre el incendio, si a éste se le hubiera ocurrido pedírselas.

Pero eso no iba a pasar. Bastaba ver las caras de ambos para darse cuenta. Fressante y Sotelo. Lobo y cordero. Para Crosa era evidente que Fressante no había soportado el éxito que la confitería de Sotelo había tenido antes. Y, tras el incendio, había aprovechado para robarle la clientela. Todo bajo el disfraz de amigo y vecino. A Crosa no lo engañaba. Fressante era un tipo de cuidado.

Fressante notó su mirada y le sonrió a modo de saludo. Crosa le devolvió el saludo con una sonrisa igual de sincera y desvió su atención hacia un gordo que estaba cerca del estrado, charlando con uno de los mediadores de la Cececé. Era Menéndez, el Jefe Delegado de Panaderías y Confiterías. Crosa no lo soportaba. No sólo por su imbecilidad. Su confitería era una de las más grandes de la ciudad y quedaba más cerca de la suya de lo que le gustaba. Y sabía que, gracias a su puesto, los inspectores de comercios hacían la vista gorda en más de un aspecto.

El “Debate del tomate” (así lo habían promocionado con panfletos durante semanas, como si el mundo

dependiera de ello) terminó. Crosa votó por alguna de las dos opciones y se preparó para lo que seguía. El presidente de la Cececé volvió al estrado, anunció el resultado de la votación y luego de unos aplausos aislados del sector de verdulerías retomó la palabra:

—Señores, el siguiente punto tiene que ver con la solicitud del sector de Almaceneros y Ramos Generales para que el color natural de las bolsas de papel madera sea utilizado por su sector y que el color amarillo pase a ser privativo del sector de Panaderías y Confiterías. Como corresponde, toma la palabra el señor Trinidad en representación del resto de los delegados almaceneros.

Un tipo corpulento, con algo de pelo sobre las orejas, se acercó al estrado para hablar:

—Gracia, señor Presidente. Delegado. No tengo mucho por decir. Todo saben cuál es nuestro reclamo que hacemos lo almacenero. Tal como dijo el Presidente, queremos que el color natural del papel madera, sea el de la bolsa de lo almacenero. ¿Por qué? Porque nuestro negocio vende toda clase de producto a la gente. Ningún color, y meno el amarillo, no pueé identificar. ¡Lo necesitaríamos a todo! Y como no se pueé, salvo que dejemos sin colore al reto de lo setore, no queremos ningún color. Por eso el color de nuestra bolsa tiene que ser como su material: papel madera.

Crosa pensó que el tipo se iba a morir ahí mismo, empachado de tantas eses. Pero a nadie parecía molestarle que un ignorante como

LA CARA OSCURA DE LA LUNA

PATRICIA KIEFFER

*Cuando sentimos que nos encontramos perdidos en la noche de la vida,
¿puede una carta darnos la clave precisa para encontrar la luz?*

*Uno, dos, vienen por mí;
tres, cuatro, me quieren llevar;
cinco, seis, protégeme...*

—Bueno, más o menos así es la letra. Es una invocación que leí en el *Libro del misterio profano*. Se la conoce como “la canción de Freddy”. Dicen que es muy poderosa. Puedes usarla cuando estés en peligro —dijo en tono confidente Carlitos, mientras le entregaba a Martín un papel doblado con la letra que había copiado especialmente para su amigo.

—Y si eso no funciona, prueba con: “*Éste es un tiempo que no es tiempo, / en un sitio que no es un sitio. / Estoy en el umbral entre los mundos, / ante el velo de los Misterios. / Que el Anciano de los Días / me ayude y me proteja en mi travesía*” —dijo Ana, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—Y eso... ¿Dónde lo leíste?

—Se lo escuché recitar a mi mamá el otro día, cuando se encerró en su habitación para hacer uno de sus rituales con velas.

—¿Creen que funcionará? —preguntó Martín, esperanzado.

—¡Claro que sí! —respondieron casi a dúo—. Estas cosas no fallan.

—Eso espero, porque... ¡Ay! ¡Las ocho! —gritó al mirar el cielo—. ¡Se está haciendo de noche! Mejor me voy... Gracias, amigos; espero no tener que usar nada de todo esto.

Martín saludó alzando la mano y montó en su bicicleta rumbo a su hogar. Pedaleaba a toda velocidad, intentando ganarle la carrera al sol, que ya desaparecía detrás del horizonte. Su corazón latía de prisa ante la posibilidad de tener que entrar a su casa de noche. Era algo que lo aterraba. Apuró sus piernas al límite durante las últimas cuerdas. Cuando

llegó, abrió la puerta que daba al largo pasillo y respiró aliviado: aún había un poco de luz en el cielo. Se apeó de la bicicleta, cerró la puerta y continuó la respiración mientras atravesaba el corredor hasta el fondo, donde estaba su casa. Aún no había pasado lo peor: a mitad de camino había una puerta que pertenecía a la vivienda de la señora Cloe, que había muerto el mes pasado. Martín caminó sin hacer ruido, sin mirar al costado. Recitó mentalmente las palabras que le había enseñado Carlitos: “Uno dos,...”.

Cuando hubo dejado la puerta atrás, corrió hasta su casa y entró a toda velocidad. Allí estaba su madre preparando la cena y cantándole a la pequeña bebé. La saludó con un beso, dejó la bicicleta en el patio y subió a su cuarto. Encendió todas las luces de la habitación y se desplomó en la seguridad de su cama. Mientras intentaba calmar sus pensamientos y su miedo, Martín se quedó dormido.

Una loba negra y un lobo blanco aúllan a la Luna menguante. La luz azulada del astro ilumina una charca con agua quieta, en cuyo interior hay un cangrejo que aguarda para atacar al viajero desprevenido. Un sendero angosto y sinuoso comienza su recorrido en la charca, continúa bordeando un pantano, pasa entre dos lobos, se desliza entre dos oscuras torres de piedra y se pierde a lo lejos. El camino a transitar está plagado de peligros ocultos. Martín tiembla ante la estremecedora visión que tiene ante sí. Sabe que si llega a las torres

estará a salvo. Pero... ¿será capaz de hacerlo? Algo siniestro se adivina en las sombras. Algo acecha —lo sabe—, esperando el menor descuido para atraparlo. Con sumo cuidado adelanta un pie y apoya el peso de su cuerpo en él mientras mueve despacio el otro. Un paso. Uno más... Súbitamente el terreno cede y el pantano abraza el pie de Martín, que lanza un grito desesperado.

¡Mamáaaaaaaa!

—¡Otra vez con esas pesadillas! ¿Qué le pasa a este chico? —dijo el padre fastidiado.

—Ya se le va a pasar... Está así desde que murió Cloe.

—¡Esa vieja bruja! Primero le arruinó la cabeza con sus patrañas. Ahora ¡ni de muerta lo deja en paz! Y este gallina, también... No parece hijo mío. ¡Martín! ¡Vení acá!

—Jorge... Todavía es un chico —terció la madre.

—¡No me jodas con eso, Sandra!

Martín apareció en la cocina, pálido y sudoroso. Aún temblaba. Acudió de inmediato al llamado de su padre porque sabía muy bien qué le esperaba si no lo hacía. El golpe era la forma habitual de papá para resolver cualquier cuestión familiar, con él o con su madre. La única que se salvaba de ese tratamiento era —por ahora— la pequeña Gabriela.

—¿Sí, papá?

—¿Se puede saber qué son esos gritos?

—N... Nada... Un sueño, creo.

—¡A ver si terminás con esas mariconadas! Sentate a comer. Y después te vas a acostar con la luz apagada.

1) La **obsolescencia planificada**, dada por el diseño de productos que caían en desuso antes de que fuera realmente necesario reemplazarlos. La moda y la demora en la mejora de las características funcionales de los productos son un buen ejemplo de esto.

2) Las **prácticas engañosas** que exageraban las características o el desempeño del producto, y hasta su contenido, por medio de un envase engañoso.

3) Los **precios elevados**, ocasionados por los costos de distribución, publicidad y promoción, además de márgenes excesivos de ganancia. Los costos de publicidad llegaban a aumentar casi un 50% del precio del producto. Los viejos capitalistas argumentaban que los consumidores deseaban algo más que las cualidades funcionales de los productos, que querían obtener beneficios psicológicos, deseaban sentir que eran ricos, bellos o especiales, que las marcas les daban confianza a los compradores.

El nuevo orden ha demostrado la falacia de tales argumentos.

“Nuevo Código de Comercio”

El cartel de entrada de la Cececé era tan (o más) austero que el de cualquier negocio. Apenas una plaqueta de bronce con el nombre completo “*Cámara de Control de Comercio*”) en bajorrelieve. Era un edificio antiguo (más antiguo que la Cececé propiamente dicha) de apenas tres plantas. En las dos de arriba estaban las oficinas administrativas y de los presidentes y secretarios. En la de abajo, una breve recepción y el salón magno, donde los delegados de los diferentes sectores del comercio se reunían para debatir proyectos.

Era un anfiteatro con sillas en declive que confluían en una pequeña tarima, con un par de hileras de sillas para las autoridades y un estrado en el centro, sobre el que descansaba un enorme libro: el Nuevo Código de Comercio. La Biblia de los comerciantes.

Crosa era delegado zonal del sector de panaderías, confiterías y afines, y como tal se ubicó en la zona reservada para los delegados de su sector. Las reuniones y debates se hacían una vez por semana pero él rara vez daba la cara. Y si lo hacía, era para dar el presente e irse apenas iniciaban. El Nuevo Código de Comercio Internacional era tan cerrado y estricto que las discusiones rara vez conducían a nada. Era irritante, una pérdida de tiempo. La mayoría eran propuestas ridículas. Y las que guardaban alguna lógica siempre terminaban desestimadas por algún artículo del Código. Los opositores, de quienes se mantenía alejado (nunca es bueno dejar en claro que uno está descontento), llamaban al Código *el codito*. O familiarmente, *el amarrete*.

Pero ese día estaba allí. Iban a debatir un tema que le incumbía de lleno. Y, si no recordaba mal el orden del día, sería luego de perder el tiempo debatiendo si el tomate era fruta u hortaliza.

Crosa se ubicó en un rincón, se desentendió de ese primer debate y estudió las caras de quienes poblaban los bancos del anfiteatro. Sobre todo de los demás confiteros. Sus competidores.

Ahí estaba Crespo (buen nombre para una peluquería; no pudo evitar

acuchillado por la espalda. Y en media hora él iba a encontrarse en un recinto donde decenas de comerciantes estúpidos se llenarían la boca con las ventajas del Nuevo Código. *Muy* idiotas.

O lo que era peor: hipócritas. Porque estaba seguro de que en la intimidad de sus comercios se estrujaban el cerebro, buscando la manera de sacar ventajas, de burlar la letra y el espíritu de ese corsé legal, sin caer fuera de la ley.

Lo sabía porque él lo hacía. De noche y de día. A cada instante. No podía dejar de mirar esa ciudad, que parecía abandonada y sin actividad, sin imaginarla llena de carteles en las terrazas y los balcones, con pasacalles, con aviones escribiendo su apellido en el cielo. Cada medianera de edificio. Cada fachada despejada. Hasta el costado de los colectivos. La ciudad entera era un espacio, un territorio virgen esperando ser inundada de carteles *Crosa*.

Crosa.

Sonrió, satisfecho, y se acomodó en el asiento del colectivo. Ésa había sido su mejor jugada. Y le había llevado casi cinco años ejecutarla.

Poca gente se daba cuenta de lo importantes que eran los apellidos. Los nombres. Había nombres que funcionaban en un comercio y otros que no. Algunos eran recordados fácilmente. Otros no sólo eso, sino que se convertían en sinónimos de lo que vendían. Y eso no era casualidad. La forma en que sonaban. Las imágenes que despertaban en la mente. Cada nombre se asociaba

a muchas otras cosas. Y él nunca había estado dispuesto a dejarlo librado a la casualidad.

Su verdadero apellido había sido Rodríguez. Y el de su mujer, Montalvo. Ninguno era apto para una panadería y confitería. *Crosa* había sido el apellido de la madre de su mujer y él la había obligado a adoptarlo para ella. A su muerte, con la excusa de homenajear su memoria (y la ayuda de una buena gratificación) pudo tomarlo para sí. Para utilizarlo en la confitería, claro.

El hombre del asiento que estaba delante de él se levantó para tocar el timbre. Llevaba una bolsa color fucsia, con el nombre *Faena* en letras blancas. Se esforzó por recordar, sin éxito, a qué ramo pertenecía el color fucsia. Y al recordar el tema que iban a tratar en la sesión de la Cececé, volvió a ponerse tenso. No sabía qué se venía. Y si algo detestaba era estar sin el control de su vida, de su negocio.

Intentó distraerse imaginando diálogos para los transeúntes. En cada grupo o pareja, uno estaba alabando las virtudes de los alfajores *Crosa*. O recomendando las deliciosas medialunas *Crosa*. O describiendo lo crocantes que eran las flautitas de pan *Crosa* a las ocho de la mañana del domingo. Al cabo de un rato, había montado la mayor operación publicitaria boca a boca de la historia. Y bajo las mismas narices de la Cececé.

Dentro de los aspectos negativos del Capitalismo Extensivo, erradicados por el Nuevo Orden, se pueden citar los tres principales:

¿Entendiste? —Martín asintió y obedeció en silencio. Por nada del mundo quería irritar a su padre, que esperaba la menor excusa para desatar su furia con ellos. Mientras cenaban, Jorge le contó a Sandra todas las frustraciones de su día, entre insultos y maldiciones. Ella escuchaba con la mirada ausente, mientras su pensamiento vagaba por algún otro lado...

Sandra había comenzado a trabajar para la señora Cloe cuando tenía quince años, haciendo la limpieza de la casa. El tiempo y el cariño mutuo la convirtieron en una especie de hija adoptiva de la anciana. Pasaban horas conversando y Cloe le enseñaba todo lo que sabía. Era una mujer muy culta, de gustos refinados y gran sensibilidad. Junto a ella, Sandra fue suavizando su personalidad, puliendo las deficiencias de su hablar y sus modales. Incluso reinició la educación secundaria que había dejado trunca para trabajar. El mundo le sonreía, lleno de maravillosas posibilidades. Hasta que conoció a Jorge...

—¿Me estás escuchando o qué? —El exabrupto la sacó de sus recuerdos. Sandra miró las botellas de vino que estaban vacías sobre la mesa. Sin decir palabra, se levantó y trajo otra. De pie, miró a su esposo mientras abría la tercera botella casi con desesperación y se preguntó cómo podía seguir soportando a ese hombre, casi un animal, del que una vez se había enamorado con locura. Tomó en sus brazos a la bebé y le extendió la mano a Martín.

—Niños, a dormir —dijo con voz queda.

Martín se acostó a oscuras, temblando de miedo. Su padre le había prohibido encender las luces y él no osaría desobedecer. Pero la oscuridad lo aterraba con su tangible presencia. Se quedó quieto, con los ojos muy abiertos, hasta que el sueño finalmente lo venció.

El sendero es estrecho y sinuoso. Las torres se ven lejanas, casi imposibles de alcanzar, no sólo por la distancia sino por los dos animales feroces que se interponen en medio del camino. Los lobos dejan de aullar y se voltean a mirarlo. Martín se queda quieto para pasar inadvertido. El cangrejo sale despacio del agua y alza sus pinzas en actitud amenazadora. Martín siente que no puede quedarse más allí. Entonces empieza a correr. A mitad de camino se detiene; el lobo blanco lo mira con el hocico fruncido, mostrando los afilados colmillos. Un sordo gruñido de advertencia surca el aire helado. Martín quiere gritar pero no puede. Impedido de avanzar, desanda el camino hasta la charca. El cangrejo está de nuevo bajo el agua y lo mira. La luna se apaga lentamente. La oscuridad lo rodea. Escucha al lobo que corre hacia él, dispuesto a atacarlo. Entonces siente nuevamente esa presencia. No puede ver, pero siente que una mano se alarga para atraparlo, intuye que algo maligno quiere llevarlo a alguna parte... No lo puede definir... El pánico se le anuda en el estómago. Algo siniestro se mueve en la negrura. Algo más peligroso que el lobo. Él puede sentirlo, igual que cuando atraviesa el largo corredor y pasa

junto a la puerta de Cloe. Quiere gritar, correr. Entonces oye la voz de Cloe.

—¡No corras! Puedes con él. ¡Confía en tu intuición!

Martín abre los ojos y despierta. El sol empieza a asomar, alejando las sombras de su cuarto. Se sienta en la cama y toma de la mesa de luz una cajita de madera. Saca de su interior una carta de Tarot, sabiendo ya cuál es: La Luna. Su destino: atravesar el camino de la Luna.

—¿Sabes, Martín? Eres muy inteligente, como tu madre. Pero además tienes un talento muy especial —solía decir la señora Cloe.

Martín la adoraba. Iba todas las tardes a conversar con ella, a leer libros de su biblioteca, a tomar la merienda. En una oportunidad, mientras sacaba un libro del estante, tratabilló y se balanceó para no caer. Una pequeña caja de madera había caído al suelo desparramando su contenido: un montón de barajas con hermosos dibujos. Martín se arrodilló y se quedó contemplándolas, maravillado. Una carta en especial le atrajo de modo irresistible. Mostraba la imagen de la Luna dentro de un círculo azul. Gotas azules, rojas y amarillas iban hacia ella, que parecía absorber la energía de esos colores. Debajo, un sinuoso camino atravesaba un pantano y se perdía en el horizonte y, a ambos lados, dos torres de piedra se alzaban majestuosas. En la parte central se veían dos lobos aullando a la Luna. También había una charca con un cangrejo dentro. Martín quedó absorto ante la belleza de los dibujos y colores.

—¿Te gustan? —escuchó la voz de Cloe a sus espaldas—. Son cartas de Tarot.

Martín dio un respingo pensando en la reprimenda que le esperaba. Lejos de ello, la anciana se arrodilló junto a él y empezó a explicarle las bellas imágenes, una a una.

Fue el principio. A partir de ese día, comenzó a aprender el mágico arte del Tarot junto a Cloe.

—Sandra, tenemos que hablar —dijo esa tarde Julia, la hija de Cloe.

Así se enteró Sandra que deberían dejar la casa en la que vivían. Cuando se casó con Jorge, la anciana los había dejado vivir en el departamento al final del pasillo. Sandra seguía cuidando de la señora y Jorge trabajaba en el correo. Eran tiempos felices...

—¿Sabés qué pasa? Si fuese por vos, no habría problema. Mi madre te quería como a una hija y le hubiese encantado que te quedaras aquí, cuidando de la casa y de nosotros. Pero tu esposo... Sabés a qué me refiero. Ahora vendremos a vivir acá y... sinceramente no quiero tenerlo cerca de mis hijos.

Sandra bajó la cabeza, avergonzada. No hacían falta las explicaciones.

—Sólo te pido un tiempo, hasta que encuentre otro lugar... ¿Sí?

—No hay problema —respondió Julia—; pueden quedarse hasta que nos mudemos, más o menos en tres meses.

Ninguna de las dos vio a Martín que, detrás de la puerta, había escuchado

taban. Y lo más importante: no había dos iguales.

Sacudió la cabeza, molesto por un camino de pensamientos que no llevaba a ningún lado. Aunque hubiera alguien que aún supiera cómo hacerlos, y él quisiera (y pudiera) pagar uno, era imposible. De sólo mencionarlo en voz alta podían denunciarlo a la Cececé.

Entró y cerró la puerta. El tintineo de campanitas le hizo pensar en clientes y clientes pasando por allí, haciéndolas sonar constantemente. Y se le ocurrió que en lugar de gratificar a sus "proveedores" cuando le traían un nuevo cliente, podía hacerlo cuando el cliente volvía por su cuenta. Así se aseguraría de que se preocuparan no sólo por traerlos sino también por "trabajarlos" después.

Una marca necesita, ante todo, un nombre que la distinga, que la diferencie del resto de las marcas. Y el requisito de ese nombre es que sea recordable, poco común y a la vez universalizable, es decir, fácilmente extensible a todas las regiones del mercado a las que queremos acceder.

"Manual Básico de Mercadeo"

La gente en la calle deambulaba cansina, sin ganas de llegar a ningún lado. El colectivo recorría la ciudad con igual desgano, sin apuro, dándole a Crosa una pausada panorámica de aquel barrio, aburrido, igual a todos los demás. Aquí y allá, fachadas desnudas, desprovistas de otro color que no fuera el gris del cemento o el de un ocasional cartel reglamentario. Un *Martens* en letras blancas sobre fondo verde, encima de una

verdulería. Un *Valenzuela* sobre fondo bordó encima de una carnicería. Un *Gentile* sobre fondo gris.

Mientras el colectivo dejaba atrás ese último edificio, compadeció al tal Gentile por ser dueño de una ferretería. Negro sobre gris, sobre el gris de la fachada. Y eso era todo. Nada de luces, nada de adornos. Ningún cartel extra, nada más allá del nombre.

¿A quién podía entusiasmarle entrar en un negocio así? ¿Cómo se le podía dar una bienvenida calurosa a un cliente, en un ambiente tan frío? Cualquiera (él mismo) haría lo posible por terminar rápido para volver a la calle. Así convertían la compra misma en un trámite necesario y molesto.

Ni siquiera dentro del comercio podía uno decorar a gusto, resaltando productos, exhibiendo ofertas, endulzando los ojos del comprador. Los inspectores eran cada vez más estrictos en su amenaza de cierre y no sólo por su fervor en el cumplimiento del Nuevo Código. Estaban en una posición de poder y ejercerlo en exceso les daba la excusa para amenazar y cobrar coimas. Él mismo había tenido que "gratificar" a su inspector, que había amenazado con confiscarle la estantería, argumentando que estaba por encima del nivel de los ojos y por eso le daba al producto una vista "glorificada" que engañaba a los compradores.

Idiotas. Por eso la gente compraba sólo lo estrictamente necesario. Crosa había leído acerca de la compra compulsiva. Ya no existía nada por el estilo. El Nuevo Código la había

—Sí, claro... —Dudó apenas y rogó que el instante de duda no fuera percibido. Después de dos años, todavía le costaba reconocerse en el nombre.

—Bueno... ¡deme un kilo de masas Crosa entonces!

El comerciante agarró dos bolsas de papel madera y, usando una bolsa plástica como guante, sirvió un kilo de masas surtidas para el tipo y otro para Gandulfo.

—Éstas son las que me dejaste pagas ayer —le dijo al segundo, que las recibió con un gesto cómplice.

El tipo pagó las suyas.

—¡Qué lindo queda su apellido en las bolsas! Es parecido a *croissant*. Se diría que es un nombre que nació para estar en una panadería, ¿no le parece?

Crosa sonrió, realmente satisfecho.

—Siempre lo pensé así. Y tome, señor Bilbao —Con el guante tomó un alfajorcito de maicena para darle el golpe de gracia—: éste es para el camino.

El tipo lo agarró, parpadeó y sonrió, agradecido. Crosa acababa de llamarlo por su apellido y de regalarle algo *después* de la compra. Ya no tenía *ninguna* chance de evadirse.

Los acompañó hasta la puerta, donde el ruido de la actividad de la calle pareció despertarlos. Para Crosa, marcaba el final de una coreografía largamente ensayada; no sólo con Gandulfo sino con muchos. Los vio alejarse por la calle y mezclarse con los transeúntes. Gandulfo palmeaba al tipo, que se estaba zampando

el alfajorcito. Crosa se frotó las manos, satisfecho: acababa de captar otro cliente.

Gandulfo era de los más productivos. No tanto como Gastiarena pero casi. Éste era el tercer cliente que traía. Y lo bueno era que todos volvían. En cambio, los de Gastiarena no siempre aparecían de nuevo. Ni hablar de Morresi.

Se dio vuelta y contempló la marquesina, donde un austero cartel anunciaba la Confitería y Panadería Crosa. Todo el optimismo del momento no le alcanzaba para evitar el odio por ese cartel insípido: simple lona tensada sobre un bastidor de madera. Tres metros de base por uno y medio de alto, letras de color negro (por tratarse de un comercio) sobre fondo blanco. Exactamente igual a todos los demás carteles. Tal y como el código de la Cececé los reglaba. Ni más grande ni más colorido ni más lindo. Igual.

Cada vez que lo miraba soñaba despierto con carteles de neón. De niño su padre le había mostrado un pilón de fotos viejas (“postales” las llamaba él) que luego vendiera en el mercado negro. Recordaba en especial un cartel muy grande, en el muelle de una ciudad del sur, Mar del Plata o Balcarce, no estaba seguro. Y su preferido, uno de otro país, un *cowboy* que movía su brazo señalándose el pecho con el pulgar. No todos eran monumentales. También había neones pequeños, simples carteles de vidriera, en comercios como el suyo. Pero que eran llamativos. Tenían luces y titilaban. No sólo informaban: llamaban la atención. Gus-

todo y salió corriendo a la calle con el rostro bañado en lágrimas. No podía ser verdad lo que acababa de escuchar. ¡Irse de allí! ¿A dónde? Él amaba ese lugar, su vecindario, la escuela, sus amigos, la casa... Detuvo su carrera en la plaza. Se sentó bajo el pino azul a pensar. Además de su propia tristeza, sintió pena por su madre, tan noble que ni siquiera le diría a Jorge que los echarían por su culpa. No comprendía por qué seguía con él. Si por miedo, o porque lo quería, o porque simplemente soñaba con que un día papá cambiaría... y esa esperanza le permitía soportar la vida que tenía junto a él. Cuando papá no estaba en casa todo era muy diferente: mamá cantaba, jugaba con él y con Gabriela; reía... ¡Reía y era tan bella! Apenas se escuchaba el tintín del llavero que indicaba el regreso de Jorge, el clima se transformaba: caras tristes, silencio, miradas taciturnas. Martín ya se había acostumbrado a la obligada sumisión ante la brutalidad. ¡Pero esto ya era demasiado! Sacrificar un hogar, el cariño de los amigos... ¿por un hombre enloquecido?

Martín pensaba y sufría sentado sobre el césped. No reparó en el tiempo transcurrido hasta que se hizo de noche. Se puso de pie de un salto y salió corriendo.

Cuando llegó a su casa sintió escalofríos al ver el oscuro pasillo; la visión se confundía con las imágenes del sueño. Comenzó a caminar de puntillas. De repente recordó que había una llave de luz... ¿La Luna? La encendió y caminó resueltamente por el pasillo iluminado;

pero al llegar a la mitad, justo cuando estaba por dejar atrás la fatídica puerta, se asomó la figura de su padre... ¿El Lobo?

Sin hacer caso del terror que lo atormentaba, siguió avanzando, tratando de alejarse cuanto antes de la puerta. El grito de su padre lo detuvo en seco. Como siempre, estaba ebrio.

—¡No des un paso más, mequetrefe! ¡Ahora mismo volvés a la entrada y apagás esa maldita luz!!

Los ojos enrojecidos del hombre estaban clavados en la angustiosa mirada del niño. Martín se estremeció. Algo en su interior se revolvía ante la sola idea de pasar por ese lugar a oscuras. Sabía que eso lo estaría esperando detrás de la puerta de Cloe para atraparlo, y que si aún no lo había hecho era por causa de la luz. Por eso él nunca llegaba de noche...

—¡Maldita sea! ¿No me estás escuchando? —insistió el padre—. ¡Que vayas a apagar la luz, marica! ¿Tenés miedo? ¡Yo te voy a dar! ¡Miedo! —Su cara se asemejaba a la del lobo gruñendo.

Martín no tenía escapatoria. Dio la vuelta y empezó a desandar el camino con paso lento, dándose tiempo para pensar una forma de evitar el difícil trance. ¿Escapar a la calle, quizá? ¿Irse para no volver?

—¡Apurate, carajo! ¡No voy a estar aquí parado toda la noche!

Siguió caminando despacio, desafiando el apuro de su padre. El miedo potenciaba su incipiente odio y ambos crecían con cada paso obligado. La expresión de Martín se iba tornando

oscura y sombría. Entonces oyó la voz de Cloe, como un susurro, sólo para sus oídos:

Despacio, con calma, es un trabajo penoso pero debes hacerlo. Confía en el cangrejo: es tu intuición. Sabrás qué hacer. Sólo eres el guía de las circunstancias. Cada uno siempre su propio destino.

Martín había llegado a la llave de luz. Tímidamente alzó la mano y pulsó el interruptor. La oscuridad lo invadió todo. Con un movimiento automático giró y, cerrando los ojos, emprendió el regreso a su casa, el refugio seguro, la fortaleza... ¿Las torres? En ese instante todo se transformó en una bruma que confundió la realidad, la pesadilla, la carta, el pasado, el presente... La magia y los sueños emergen del inconsciente; se mezclan con los recuerdos escondidos y olvidados. El lobo blanco gruñe otra vez...

—¡Ja, ja, ja! ¿Te estás cagando encima, mariquita? ¡Vení rápido, te digo! ¡Martín! ¿Dónde diablos estás? ¡Mirá que te voy a buscar!

El niño detiene el paso justo antes de llegar a la puerta de Cloe. Siente la fuerza siniestra que emana del lugar. Algo... eso que no puede describir... está esperando. Pero él no va a pasar. No debe hacerlo. Lo sabe. Es un conocimiento instintivo, una especie de voz del alma que parece venir de la nada, como si tuviese la sensación de saber algo que no puede definir. La voz de Cloe que lo transporta al centro de su pesadilla.

Ten confianza. Escucha la voz de tu intuición. El mal no te tocará. No es para ti... El camino de la Luna nos enfrenta a todo lo oculto y amena-

zante. La persona que decide cruzar el umbral hacia lo desconocido debe exhibir un coraje invencible y estar dispuesta a realizar su prueba. Ésta es la tuya.

Martín mira hacia un lado; ve la charca y al cangrejo saliendo del agua con las pinzas en alto. Sin embargo, ya no siente miedo de él. Lo toma con cuidado y lo observa, descubriendo por vez primera su belleza. Lo da vuelta y ve una inscripción en su abdomen. Nada le es extraño ya; sueño, realidad o fantasía, le da igual. Lee el mensaje, sabiendo que es para él: *Quédate quieto y cierra los ojos. No mires. El Mal no te tocará.*

Martín obedece, ahora más tranquilo. Ya no siente miedo. Oye los gritos de su padre que se acerca, amenazante, a buscarlo. Él no se mueve, no abre los ojos, no responde. En ese momento siente una opresión en el pecho y percibe mil manos que quieren aferrarlo, sin conseguirlo. Manos, susurros y roces espectrales danzan a su alrededor sin dañarlo. Una leve sensación de invulnerabilidad lo invade. Martín empieza a confiar en su fuerza. El mundo oscuro ya no lo ataca. Lo protege.

—¡Ya vas a ver cuando te agarre! ¡Me las vas a pagar! ¡Eh...! ¿Qué... qué es esto...? ¿Qué demonios...! N... no... ¡Eh! ¡Suelten, carajo! ¿Qué...? ¡Nooooooooo!...

—¿Martín? —dice Sandra con dulzura—. ¿Estás bien, hijito? ¿Dónde está tu padre?

—No... no sé, mami... Salió, se fue... Creo...

SIN SERIF

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

Un cliente es alguien que compra por lo menos dos veces en el mismo lugar. Si lo hace sólo una vez, se trata de un simple comprador ocasional.
"Manual Básico de Mercadeo"

El tipo era un asco. Masticaba con la boca abierta y las migas, ya hechas una pasta de maicena y saliva, paseaban de un lado a otro ante la mirada atenta de Crosa.

—¡Mmmm! —fue todo lo que pudo decir con la boca llena, arqueando las cejas y asintiendo con la cabeza. Lo habían llevado allí y lo habían convidado. Se esperaba su opinión y el tipo se apuraba a tragar para poder hablar.

—Son ricos, ¿no? —dijo Crosa, dándole algo más de tiempo para que terminara el alfajorcito de dulce de leche. No quería presionarlo más. Hacer sentir cómodo al cliente era una parte importante de ser comerciante.

—¡Sstán bagbados! —dijo el tipo al fin y lo bañó de migas que de alguna manera habían escapado a la humedad.

A Crosa no le importó. Se preparó para largar la frase con tono melodramático:

—Es porque están hechos con buenos ingredientes... y con los mejores sentimientos.

El tipo se rió mientras cabeceaba, aprobador, y largaba otra tanda de migas a la cara de Crosa. Un poco más atrás, Gandulfo miraba la escena con una sonrisa satisfecha.

—Da vegdad, Dodofo, me adegó que me hayas tgaido... —El tipo giró y terminó de tragar mientras le daba una palmada en la espalda a Gandulfo—. Este hombre tiene las mejores masas secas de toda la ciudad. Lejos. Deme... ¿Crosa, no...?

Lo encontraron días después, yaciendo sobre la alfombra del apartamento, rodeado de pinceles y frascos de pintura y con el gesto más plácido que uno pueda imaginarse. Frente a él se situaba una macabra pintura: representaba un paisaje urbano conformado, simplemente, por una calle solitaria en medio de la cual se alzaba un edificio hermético y tan oscuro como la noche. Una única ventana aparecía

abierta al exterior, ofreciendo al espectador una peculiar estampa: el autor de un lienzo que era sorprendido mientras trabajaba por la invasión de una marea de formas irregulares y monstruosas que se colaban en la habitación. Sobrecogía el parecido que el hombre mostraba con el artista.

© MARÍA R. NARANJO FERNÁNDEZ, 2010.



MARÍA ROSARIO NARANJO FERNÁNDEZ
(España —Sevilla, 1975—)

Licenciada en Derecho por la Universidad de Sevilla (España), actualmente cursa un doctorado en Literatura y Comunicación. Fue coordinadora de Proyectos Formativos y Actividades Socioculturales y profesora titulada en la Escuela Superior de Medios Audiovisuales de esa ciudad.

Desde hace años se dedica a la creación literaria, actividad que compatibiliza con su trabajo como técnico en el Ministerio de Economía español.

Colabora de modo habitual con algunas revistas, como la mexicana **Asfáltica** o la andaluza **Aldaba** y, eventualmente, con otras publicaciones como la revista de cine **FRAME** y otras de carácter literario y científico. También escribió algunos textos para la Escuela Andaluza de Escritores, y tiene una ciberbitácora dedicada a la literatura y escritura (<http://blogs.que.es/-quieres-ser-escritor-/posts>).

Sandra abraza con fuerza a su hijo, sin percatarse del oscuro brillo que en ese preciso instante abandonaba los ojos de Martín, dando paso

nuevamente a la mirada inocente de un niño.

© PATRICIA KIEFFER, 2008.



PATRICIA MARTA KIEFFER
(Argentina, 1958)

Docente, bibliotecaria, escritora y reikista, en **NM 17** publicó “Encuentro de Universos”.

LOS CUERVOS TAMBIÉN DESPIERTAN AL AMANECER

CÉSAR R. LUCIO PALACIO

Se dice de algunos seres que no pueden abandonar el abrigo de la noche. Tienen la piel oscura y el alma negra. Yo los cazo, entre las ruinas, siempre en el lado nocturno. En esos sitios es tan densa la negrura que cualquier brillo estelar aparece borroso y la luz del Sol es poco más que una leyenda. Apenas si recuerdo mi rostro, pues las luces artificiales se apagaron cuando las colonias sucumbieron.

Ya son dos semanas desde que salí en su busca. Aún me parece increíble que esos engendros hayan decidido moverse y pasar al lado luminoso; sus rastros conducen claramente hacia allá. Siempre pensé que medrarían en la oscuridad eternamente. Otros decían que llegaría el momento en que aquellos a los que no hemos cazado huirían.

Ahora han tomado los senderos que conducen a la frontera, en donde una línea apenas ondula entre lo noc-

turno y lo diurno. Pero estoy seguro de que pronto les daré alcance. Conozco esos caminos tan bien como conozco mi nombre. Podría enumerar cada escombro de Drasis, la colonia abandonada. Sé cuál es el mejor punto para ver, encumbrado, los restos silentes del "Lemuria".

Me he hundido en más de una fosa de cieno lunar y no he muerto.

Llego a un sitio en donde los escombros dispuestos al lado del camino me evocan los días en que Deluc-G era una villa populosa. En cada esquina, los creadiamantes disponían sus tenderetes, ofreciendo piedras facetadas y luminosas. En la calle central, la "Ardiente Selene" tenía sus puertas abiertas a todo viajero deseoso de caricias femeninas. Incluso había grifos con agua corriente y potable para aquellos con la garganta llena de polvo lunar.

mezcla de sonidos tan familiares como desagradables: el agudo claxon de los automóviles, el repiqueteo de los zapatos de los transeúntes en su ir y venir por las aceras, el chirrido del viento que agitaba con vehemencia descontrolada cuanto se cruzaba en su camino. Cualquier injerencia externa le perturbaba, pues requería de una concentración absoluta.

Cerró las ventanas y se cubrió los ojos, dispuesto a llevar a cabo un ejercicio de profunda introspección que dirigiría sus pensamientos hacia el objetivo. Entonces pudo visualizarlo: oscuridad, tanta como la que existía en su propia alma; aquello era, sin duda alguna, lo que habría de reflejar sobre la tela.

Comenzó con trazos finos, irregulares, que fueron agrandándose hasta dar forma a las figuras. Seres etéreos, formas que se volatizaban mientras su mano se movía frenéticamente, monstruos cuyas muecas horrosas paralizarían los músculos del más osado, miembros cercenados que se bañaban en charcos de sangre y sombras que se deslizaban a su antojo por todos los rincones del lienzo.

Súbitamente, sintió un cosquilleo en la nuca que le puso el vello de punta. El viento se había colado por las ventanas y ahora éstas se agitaban en escandalosa rebelión. Se asomó para contemplar la calle: no había en ella vehículos de ninguna clase, no quedaba una sola persona ni cualquier otro indicio de vida más allá de cuanto su vista alcanzaba. Arriba, en el cielo, la luna parecía haberse quedado colgada, aquejada de una extrema delgadez que le impedía iluminar la ciudad con la magnificencia acostumbrada. Esto provocaba que la oscuridad hubiese invadido la escena de un modo tan abrumador que obligó al pintor a estremecerse.

Mientras trataba en vano de colocar nuevamente los pestillos, contempló cómo la habitación era tomada por una miríada de sombras voladoras de rostros terroríficos que se cernían sobre él con una determinación desconsoladora. Comprendió entonces que, finalmente, había logrado trasladar sus pasiones al lienzo, y estuvo seguro de que aquel cuadro siniestro ocuparía un lugar de honor en las paredes de las galerías de algún importante museo radicado en la capital.

Alfredo J. Grassi
Adrián Rosal
Fernando J. Ramos
Héctor Paz
Carlos Gil
Fabien Juárez
Susana Rodríguez Tugale
Mario César Carper
Jorge Claudio Morhain
Adolfo Pérez Zúñiga
Alberto S. Valián
Eduardo J. Carli
Armando S. Fernández
Gabriel de los Santos
Rafael Montalván
Javier S. Rama
Nora I. Rodríguez
Mario González
Eugenio J. Zappietro
Hernán Domínguez Nino
Marcelo Vicente
Augusto Scheimberg
María Cogliari
Norberto Rodríguez Van Rossum
Pablo Maristoy
Alfredo Ernesto Grassi
Alejandro Alarico
Christian Vallini Luzzan
Héctor R. Pessino
Samuel Cardone!

Juan Manuel Valutti
Mariana Buscaglia
Miguel Bordinó
Rodolfo Bellani
Carlos Daniel J. Vázquez
Gustavo Campanelli
Carlos Hübnermann
Laura Ponce
Carlos M. Federici
Hector Olivera
Omar G. Barasoff
Francisco Balzar
Carlos Steiner
Adrián H. Triscian
Ariel Berrier
Gonzalo Bravo
Maximiliano Mariotti
Eduardo A. Sánchez
Santiago Oviedo
Carlos Penas
Javier Hübnermann
Lila Cantarelli
Carlos Ramírez
Carolina A. Ferrari
Diego Martínez
Oscar Giménez
Adriana Cantarelli
Adrián N. Escudero
Leonardo Wadel
Carmen Hebe Tonco

Lea *Aparece quincenalmente!*

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos
donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario **Julio De Luca**

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

UN RETRATO CON ALMA

MARÍA R. NARANJO FERNÁNDEZ

La negativa del director de la sala a exponer sus cuadros lo dejó sumido en un desconcierto total. Era la tercera vez en menos de un mes que le cerraban las puertas, mucho antes incluso de haber tenido la ocasión de presentar la colección completa.

Estaba convencido de que necesitaba imprimir algo más de carácter a su obra: un toque más intimista, una línea que acercara al público a su propia esencia; ese algo que distingue una obra maestra de un vulgar trabajo al alcance de cualquier aficionado.

Una vez más pensó en Basil Hallward; con cuánto acierto había logrado plasmar la belleza de Dorian Gray en aquel célebre cuadro que le había valido la gloria literaria a Wilde. El retrato se había humanizado hasta tal punto que eximía a su inspirador de la carga de preocuparse por llevar

un comportamiento adecuado e incluso de envejecer. Era algo insólito pero, al mismo tiempo, extraordinario. Cuanto más acariciaba la idea de dar forma a un trabajo similar mayor era la convicción de que ahí radicaría el éxito de su empresa.

Destapó el lienzo en el que llevaba trabajando unos días. Una calle solitaria, la noche omnipresente únicamente iluminada por una luna que se arrugaba en el extremo izquierdo de la pintura, y un edificio destartado que ocupaba el centro del paisaje y donde todas las ventanas, excepto una, permanecían cerradas y sumidas en la penumbra, constituían todo el dibujo que había conseguido concretar hasta el momento.

Las gruesas cortinas de la habitación apenas dejaban pasar los últimos rayos de luz que alumbran la tarde. Afuera la ciudad rugía en una caótica

Pero Deluc-G cayó hace años, cuando los cráteres centrales eructaron a los que busco. Llegaron de repente, larvas de la noche llenas de furia. No se sabe qué buscan, aunque sabemos que nos aborrecen. Ahora también nos temen.

Les hemos mostrado la luz blanca que los deja inmóviles por momentos, y la luz negra que los hace encogerse y emitir esos chirridos con los que parecen implorar clemencia. Pero la luz únicamente surte efecto por instantes. No hay nada como una buena hoja de metacero jovano para abrirlos por el medio.

Estoy a la altura de los restos del "Lemuria". No queda de él más que un nido de huesos metálicos. Me trajo hasta aquí hace ya décadas, cruzando la ruta desde la vieja Tierra hasta Orontius. Yo apenas era un muchacho que quería conocer las colonias selenitas. No estaba huyendo de la Tierra; más bien algo me atraía hacia la Luna.

Nunca pensé que esa atracción tendría que ver con la ruina de los asentamientos humanos. Ahora sé que soy uno de los pocos que pueden sentir la presencia de las aberraciones. No las he visto claramente; tal vez nadie lo haya hecho: sus perfiles vagos no contrastan con la oscuridad.

Apenas si hay guías; ya no hay luces en los poblados y el fulgor de las constelaciones no llega hasta aquí. Acaso, en algunos de mis encuentros, me ha parecido percatarme de una masa vermiforme atacando, totalmente ofuscada por una furia o un hambre atroz.

La única ventaja que tenemos los que quedamos es que las colonias de algas grises todavía emiten algo de oxígeno, impidiendo que desaparezca el remedo de atmósfera que tantas décadas tardó en formarse.

Me quedo quieto. No me atrevo a dar un paso más; detrás de los restos del casco del navío espacial está uno de ellos. Debe de estar distraído o tal vez acaba de comer algo. No importa. Desenfundo y después sujeto con la derecha un tubo de luz química.

Me huele. Ya lo preveía; siempre es igual. Acciono el tubo; lo lanzo para inmovilizarlo. Pero también él previó algo y salta para alejarse.

Tranquilo; tengo la hoja dispuesta. Frio. Está acechando ahora. Me lanzo frente a él; una finta con la derecha, un revés con la izquierda, corto y me pongo de nuevo en guardia. Grazna. Lanza hacia mí su pico erizado de dientes crueles; no acierta. Yo aprovecho su burdo movimiento.

La hoja de metacero sube y baja; atravieso sus nostrilos y la base del pico. Pero no se rinde. De la oscuridad surge el pico enorme. No lo esperaba y en un santiamén me ataca de nuevo; sus dientes se hunden en mi carne, desgarrando mi brazo derecho. El dolor punzante me quita el aliento y tengo que retroceder varios pasos.

No eran tan listos; algo está cambiando.

Comienza a emitir una fosforescencia inusitada. Su forma se me revela. Una grotesca y largirucha masa cubierta de ámpulas; semeja un gusano monstruoso de alguna pesadilla antigua, de cuando el hom-

bre soñaba con vivir en la Luna. Irónico.

Empieza a supurar y a apestar; se yergue hasta hacerse un poco más alto que yo. La luz no lo afecta ya.

Tomo un poco de impulso, unos pasos rápidos en zigzag, finjo atacar su abdomen. La masa corporal, borboteante, apenas nota mi embestida.

Esquivo el ataque de su pico. Mi espada sube y corta desde la base hasta su pecho; un borboteo más poderoso. Grazna de nuevo. Un paso atrás para tomar impulso; tomo mi hoja y la dirijo hacia la dañada base del pico, pero me engaña y se abalanza. Me aplasta contra el suelo rocoso; mi cuerpo está molido, pero alcanzo a dar vuelta sobre mí y ruedo mientras se levanta.

De inmediato me pongo en cuclillas y hundo la punta de mi espada en su vientre. Cede flácido y entierro el arma hasta la empuñadura. Se agita, pero alcanzo a rozar sus entrañas viscosas y un líquido aguado y frío comienza a correr.

Con un salto me aparto y el horror da vueltas sobre sí. Pero ya dejé mi marca en su cuerpo. Después de unos segundos deja de retorcerse, aumenta la fosforescencia y distingo más detalles.

Deberá tener casi cinco metros de largo, tal vez dos de grosor; todo el bicho tiene una apariencia cérea. Bastante ágil para un cuerpo tan fofo.

Sería la oscuridad, pero siempre los imaginé diferentes. Sus antenas, gordas y deformes como las piernas de un enano, todavía vibran. Se extienden telescópicamente al tiempo

que eructa y arroja un líquido blanquecino, casi seminal, que huele a manteca, alcanzando mis botas, y en un parpadeo la maldita excrecencia se transforma en seda. A lo lejos se escucha el eco de graznidos; decenas... Quizá un ciento.

Los sonidos se apagan. Proviene de la frontera.

Malhadada sea la hora en que los imbeciles ingenieros arzachelitas plantaron las archeas verdeazuladas en los cráteres. Sí, regulan el aire que respiro. Pero también se enconan en las heridas. Si no las detengo pronto, se llevarán mi brazo.

Pero sólo son unos minutos más. Puedo ver desde este promontorio la línea incierta del día-noche. Es un espectáculo terrible, como si ambos se pudieran cortar con mi hoja. Mas ahora el suelo está sembrado con enormes pilotes, enhiestos.

Me acerco lo suficiente para ver que algo se agita por debajo de una manta de seda. Sí, cambiaron, y estoy ante ellos.

Mis ojos se tardan un poco en acostumbrarse a la luz que llega a mi derecha. Estoy a mitades, parado justo sobre la línea. Alineados perfectamente, también sobre la frontera exacta, están las masas sedosas. Parecen viejas ojivas olvidadas, pero ahora van a explotar.

Hay graznidos. Yo solo no podré con todos. Seguro que sienten que alguien está llegando, pues se agitan violentamente.

Algo grazna desde dentro. Un sonido de tela rasgándose que casi se hace un rugido acalla todo a la

Una dedicatoria bajo el título "ABC".

¡Pero no recordaba haberle dedicado el cuento a nadie!

Leyó: "Al misterioso profesor Fernández, que no me explicó para qué diablos sirve el análisis sintáctico, pero sí me regaló el ABC de la vida".

Reintegró el libro a la biblioteca. Lo colocó en su lugar: entre *La má-*

quina del tiempo, de H. G. Wells, e *Idea para un cuento y otros relatos temporales*, de Salvatore Nicoletti.

—ABC —pronunció satisfecho el profe Antonio "Fernández" Figueras, y se llevó la copa de oporto a los labios.

Algo, después de todo, había aprendido.

© JUAN M. VALITUTTI, 2010.



JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

En **NM** publicó "Una flor" (# 11), "La última frontera" (# 13) y "¡Oh, por todos los diablos, Doug!" (# 15).

—Sí —dijo el joven Figueras—. Pero no tengo uno.

—¿Y por qué no lo haces? —insistió Figueras, sin desviar los ojos del patio.

—Me cuesta hacer cosas con las manos —resumió el joven Figueras, sin mucha convicción.

“Es cierto que no eras muy hábil con las manos”, concluyó el profesor Figueras. “Ni para hacer autos con cuchara, ni para defenderte con los puños”.

—Tú creas con la cabeza, ¿no? —probó el adulto Figueras.

El niño tras el pupitre alzó la vista.

—Sí —contestó, algo más confiado—. Con la cabeza.

El profesor Figueras recordó entonces un episodio de su infancia: estaba sentado como lo estaba ahora su doble escolar, ante el pupitre, y observaba a un profesor. No recordaba al docente en cuestión, pero recordaba lo que le había dicho: que la vida se hace con la cabeza en el mundo.

Figueras fue terminante: —Vete al recreo, Figueras.

El niño, pálido, se movió con la alarma encendida en los ojos.

—Pero... ¡Yo quiero quedarme en el aula!

El profesor Figueras miraba por los amplios ventanales.

El joven tutor de la sotana se había marchado y había dejado solo a Radas, que se limitaba a jugar pensativo con un juego de llaves en las manos.

Figueras sintió que un temblor sacudía sus huesos y esa inminencia le advirtió que abreviara sutilezas.

—¿Profesor...?

Figueras miró con frialdad al alumno.

—Debes salir, porque nadie puede quedarse en las aulas —dictaminó. Y agregó, lapidario—: ¿Entendido?

El niño no dijo nada.

Echó la silla para atrás, se incorporó desgarrado y abatido, y se dirigió a la puerta arrastrando los pies.

—¿Antonio?

El niño se volvió en el umbral.

—Creo que Lucas Acevedo quiere jugar con alguien —sonrió el profesor Figueras—. Que tengas un buen día.

Seguidamente, no se retiró la Bandera de Ceremonias, pero sí lo hizo Figueras.

El adulto Figueras, claro.

Dejó el colegio, en efecto, y no fue difícil; tan pronto como despidió al niño que una vez fue él, juntó sus cosas, bajó las escaleras que conducían a las dependencias administrativas y salió por la puerta.

Así de sencillo; nadie lo reconvino y Radas no apareció. La calle estaba llena de peatones con celulares, y los avisos publicitarios ostentaban los consabidos símbolos e- y @.

En su casa se sirvió una copa de oporto. Paseó la mirada por la biblioteca y reparó en el estante donde guardaba su primer libro publicado: *ABC y otros cuentos fantásticos*. Lo extrajo y lo abrió. Todo estaba en orden, como era de suponer. ¿Acaso debía ser de otro modo? ¿Qué esperaba encontrar en esas viejas páginas?

Y, sin embargo, había algo...

redonda. Un ala, un par, surgen mientras la seda se hace jirones. Un pico negro, unas alas magníficas, oscuras, con resplandores metálicos. Esas garras podrían cortar el casco del “Lemuria” a voluntad. Y, ante todo, unos ojos, perlados. Se nota que piensan.

Surge completo. Es tremendo. Abruma su magnificencia.

Ahora lo veo; es un monarca de los abismos interplanetarios, con plumas de cuásares y brillos de supernova. Seguro dirigirá una migración a otras galaxias y llevará a sus congéneres a otros mundos. Es como un fénix, pero sólo de brasas, cenizas y brea. Sus ojos son como un fuego blanco.

El resto rompe sus capullos también. Al igual que yo, reconocen a su soberano; un ser supremo surgido

de la oscuridad estelar. Dirigen sus miradas hacia mí. Saben que no puedo enfrentarlos y que reconozco su grandeza. Se dan cuenta de que deseo que vayan a sitios de contraste entre la noche y el día, dejándonos atrás a los humanos, que nos extinguiremos mientras ellos sólo duermen y cambian. Para ellos somos poco más que pulgas brincando entre cráteres.

Otro graznido y se preparan a volar. Con un aleteo coordinado levantan nubes de polvo selenita y emprenden el vuelo.

Me hincó, pues la vista de esa parvada me abrumba. Con una última mirada, el guía me recuerda que sabe a cuántos de ellos maté.

© CÉSAR R. LUCIO PALACIO, 2010.

CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO
(México —Aguascalientes, 1981—)

Biólogo fascinado por la vida de los arácnidos en el desierto chihuahuense, aunque en sus momentos más inspirados también lee, escribe, talla runas en viejos huesos, teje bufandas y cocina. Si bien desde hace años ha escrito para sí mismo, en 2009 decidió ingresar a un taller de fomento a la creación literaria fantástica. Entre sus libros favoritos hay obras tan inspiradas y disímiles como *Lolita*, *Crimen y castigo*, *Añoranzas y pesares* o *El mono desnudo*.

GUARDIANES DE LA CONEXIÓN

VÍCTOR M. VALENZUELA

Zona: EMEA, 6:50 GMT+1,
8-ago-2100

Otra vez ese sueño. De nuevo esa mujer llamándome, susurrando a mi oído, recitando en ese sonoro y sensual idioma que no consigo entender. No sé lo que dice, pero deduzco sus sentimientos, interpreto sus temores y asimilo sus anhelos.

Está enfadada, quiere ayuda y posee un plan. Yo quiero auxiliarla, pretendo entenderla, aspiro besarla y fundirme con ella. No la conozco, pero la amo como jamás he amado a ninguna mujer, pues sus sentimientos flotan junto a los míos y sus pensamientos se entremezclan con mis devaneos.

Siempre es ella; el sueño varía, pero ella esta siempre allí, transmitiéndome algo profundo e indescriptible, percepciones que no se pueden expresar con palabras y que se han fundido

con mi esencia, haciéndome cambiar a un ser más luminoso. Me ha transformado de una persona gris, fruto de estos aciagos tiempos, en una mente inquieta capaz de aprenderlo todo. Ha conseguido transmutar un muerto viviente en un individuo de los cuales yo sólo tenía constancia que existieran por los libros históricos. Un ciudadano que cree en la libertad, en los derechos y que el mundo debe ser un sitio justo y bello, donde todos tengamos cabida.

Ahora sé por los libros antiguos que antes éramos así, que durante años tuvimos sueños de libertad y rozamos el cielo en algunos puntos del globo.

Eso fue antes del Colapso del Estado de derecho.

El despertador de mi cubículo truena recordándome que, si no me conecto a la red del trabajo en diez minutos,

oteaba con el ceño fruncido por sobre el hombro.

El adulto Figueras siguió el curso de la joven mirada. “Ya sabés lo que vas a ver, ¿no es cierto?”, se dijo, al tiempo que se detenía a observar al pequeño grupo de tres, que se la había jurado para el recreo: Williams, Di Stefano y Biancci... ¡La reputísima trinidad del San Estanislao!

“¡Si me acordaré de ustedes, hijos de una sola y benemérita madre!”, carraspeó el profesor Figueras.

Y reparó de nuevo en la banda de papel, con las letras del abecedario, desplegada por encima del pizarrón.

En ese momento, sonó el timbre.

—Pueden salir —dijo Figueras.

Los pupitres se estremecieron, los pies se activaron, las sillas se echaron para atrás—. ¡Buenos días a todos!

—¡Buenos días, profesor!

Pronto el aula quedó vacía..., o casi.

—¿No sales? —Figueras acomodaba sus pertenencias sobre el escritorio—. La mañana es larga: te hará bien tomar aire.

—Prefiero quedarme —dijo el jovencísimo Figueras, detrás del pupitre.

El ruido de voces les llegaba, como un estrepitoso alud, desde el patio principal.

—¿No te gusta el recreo?

No, no le gustaba. Siempre había sido un chico muy tímido, ¿no? Sin embargo, aquella mañana de 1980 Antonio Figueras había salido al recreo, como el resto de sus compañeros. ¿Y por qué había salido?

Figueras se mordió los labios; tenía la respuesta en la punta de la lengua.

¡Había salido porque Radas lo había echado del aula! ¿Y dónde diablos estaba la maldita autoridad, ahora que era necesario humillar a un niño inocente en nombre de la educación de excelencia?

Pero algo intranquilizaba a Figueras... Cuando estaba nervioso acostumbraba introducir la mano en el bolsillo del saco y revolver el interior.

Y lo que ahora salía del saco era un verdadero concierto de monedas, de llaves y hasta de su diminuto y anacrónico teléfono celular.

Radas no aparecía porque...

¡Radas no aparecía porque estaba averiguando quién era el tal profesor Fernández!

Figueras se separó de la mesa a la que estaba sentado y se acercó a los ventanales. Paseó la mirada nerviosa.

Vio a Radas. Estaba de pie en medio del patio. Conversaba con un joven tutor de sotana. ¿De qué estarían hablando?

Vio que Radas miraba por sobre el hombro. Un autito, un autito de plástico con cuchara al frente, había embestido su zapato. Radas clavó los ojos molestos en el diminuto bolido y lo corrió de un empujón. El pequeño Lucas Acevedo, ondeando su impecable delantal gris, balbució unas disculpas y se alejó en busca del juguete.

“¡Es que eras tan buena gente, condenado hijo de perra!”, pensó Figueras. Y se apresuró a decir: —¿No te gusta jugar con coches de carrera?

—1968 —dijo secamente.

Radas le sostuvo la mirada un momento, hasta que se concentró nuevamente en la concurrencia.

—Bien —tosió—. Lo dejaré empezar, entonces. —Se dirigió a los alumnos antes de abandonar el aula—. ¡Tomamos asiento!

La orden recibió pronta respuesta.

Les había anotado un ejercicio de análisis sintáctico en el pizarrón. Los niños trabajaban silenciosamente. La clase se había desarrollado con normalidad. Comenzó, desde luego, por tomar lista; bastó que llegara a la “F”, de Figueras, para que tanto profesor como alumno se cohibieran, lo que levantó los comentarios ya de por sí contenidos de sus ex compañeros.

—¿Notó que es igual a usted, profesor? —observó Battuone, el “sabelotodo” del curso.

—“¡El padre de Figueras!” —soltó el bestia de Mauro. “¡Mauro!”, pensó con los labios apretados el profesor Antonio “Fernández” Figueras. “¿Cómo olvidarte, amiguito?”

Un llamamiento de advertencia logró que los revoltosos se acallaran. Se dieron comienzo entonces a los ejercicios de análisis.

Mientras las menudas cabezas se inclinaban sobre las sentencias, Figueras se paseaba entre los pupitres. Aún no entendía cabalmente la situación, qué debía esperarse o cómo debía proceder. Lo que sí le había llamado la atención era el hecho de que su yo más joven permaneciera cabizbajo y silencioso, como encogido penosamente por algún hecho. Figue-

ras consultó el almanaque que colgaba a la entrada del aula, y que era renovado diariamente: 16 de octubre de 1980. Trató de recordar algún acontecimiento que hubiera marcado su vida, positiva o negativamente.

Levantó la vista y reparó en la banda de papel que se extendía por encima y a lo largo del pizarrón, con las letras del abecedario, tanto en imprenta como en cursiva.

—ABC... —pronunció Figueras a media voz, sin separar los ojos del suspendido abecedario.

Algunos chicos se volvieron y miraron al profesor... que hablaba solo. Intercambiaron una risita.

—¡A sus apuntes! —advirtió Figueras.

Los alumnos obedecieron a regañadientes.

¿Qué había ocurrido el 16 de octubre de 1980? Muy simple: había comenzado a escribir, ¿no? ¿Y cómo había comenzado? ¿Había sido un proceso inmediato, fácil? ¡Oh, no, para nada! Al final de ese mismo día, el muchachito que un día había sido él terminaría con los labios y el orgullo rotos... ¿Y bien? ¿No debía ser así? ¿No estaba destinado a convertirse en escritor, como la crítica especializada del futuro lo calificaba? ¿No se inclinaría nunca más sobre la hoja en blanco, robándole horas a su profesión de docente, para entregarse de lleno a ese arte que tanto amaba?

Estudió el cuadrante de su reloj: faltaban cinco minutos para el receso. Entonces desvió la vista hacia su otro yo, el jovencísimo Antonio Figueras: se mordía las uñas y, cada tanto,

sufiré una penalización de una semana de sueldo. De manera que salto de mi litera y la doblo rápidamente, me doy un apresurado baño de esponja, engullo mis tabletas energéticas y una barrita de cereales, monto la hamaca y en ocho minutos exactos estoy tumbado en ella. Conecto mi interfaz neural y me ajusto las gafas de visión.

El mundo se transmuta cuando las gafas se iluminan plasmando la realidad del Portal, cientos de *bots* cosquillean en mi sensación periférica mientras rastrean mi interfaz y mi ordenador principal buscando programas ilegales, contenidos multimedia sin licencia, licencias de programas caducadas o fotos comprometidas. Luego el *bot* maestro desvalija mi cuenta bancaria al cobrarme por los servicios de inspección y por el acceso a la red de mi trabajo.

Allí, tendido en la hamaca, pequeñas corrientes eléctricas inducidas por la interfaz hacen que mis músculos no se agarroten durante la larga jornada laboral, forzando a que mi organismo produzca una ingente cantidad de endorfinas para mantenerme concentrado en el trabajo y conseguir una rentabilidad óptima. Cuando me desconecte estaré agotado; mientras tanto, no sentiré nada y apreciaré una especie de euforia. El “subidón” del trabajo, lo llaman en la jerga de los Conectados.

Antes pensaba que era un afortunado; tenía mi trabajo, prestigio y podía permitirme el alquiler del cubículo y del *hardware* que me permite ser un Conectado. Hasta que ella con sus palabras inteligibles me enseñó,

de alguna manera que no sé precisar, dónde están los libros; me adiestró cómo saltarme las protecciones y me instruyó en cómo engañar a los *bots*. Me transformó en uno de los míticos *hackers*, los desbravadores del principio de las fronteras electrónicas. Los creadores de la Red, los primeros a los que persiguieron cuando la Red dejó de ser libre y pasó a ser la férrea dictadura digital que es ahora.

Actualmente me avergüenzo de mi trabajo, pues sé que es indigno.

Una etiqueta flota en mi línea de visión; una punzada incómoda, sin llegar a ser dolorosa, me recuerda que requiere atención inmediata. Olvido mis devaneos y me concentro en ser un traidor.

Allí está. Una noticia indebida en la Red que ha conseguido eludir a los *bots* censores y a los filtros de contenidos. El autor es realmente bueno. Ha incluido metadatos que han engañado a los *bots*, ha redactado todo sin utilizar ninguna palabra prohibida y ha esquivado a los programas expertos.

El nivel del mar vuelve a subir en Barcelona; la ciudad está colapsada. Hay centenas de damnificados.

Borro la noticia y ejecuto un *bot* que la rastrea por la Red buscando a su autor. Espero en silencio que no lo encuentre. Intencionalmente no lanzo mi mejor *bot*; siempre podré decir que lo reservo para problemas más importantes.

La cruda realidad es que el nivel del mar no para de subir y que el desierto no detiene su avance, pero

casi nadie se da cuenta. Los pocos que tienen recursos económicos para hacer turismo son los mismos que están interesados en que nadie más sepa la verdad. La mayoría de la población está sumida en la miseria después de oleadas de crisis de proporciones bíblicas.

Alguien que intenta enviar una canción a su novia. Un chico que tiene fotos de una amiga en ropa interior en su carpeta privada. Un erudito que trata de acceder a libros prohibidos en la biblioteca. Un músico que quiere colgar su creación sin pagar a la sociedad gestora. Una vieja activista a la que hay que vigilar. Un ecologista al que hay que silenciar.

Éste es mi trabajo y por eso lo odio, a pesar de que cada vez consigo dejar pasar más infracciones del conocimiento sin dejar huellas. Me gusta pensar en mí mismo como un agente doble, a manera de un espía de la vieja resistencia francesa. Como en aquella película en la que los empleados de una fábrica de armas hacían munición defectuosa deliberadamente.

Yo no era así antes. Soy la mariposa que ha eclosionado desde una oruga que repta sin desconfiar de la libertad del vuelo. Ella forzó ese cambio; inyectó en mí ser las secuencias meméticas que desencadenaron mi metamorfosis. Me transformaron de un censor ciego en una persona, con sus defectos y virtudes, pero con pensamiento libre.

Una noticia de pago intentando saltar a un tablón de anuncios

gratuito. Información bursátil no apta para todos los públicos. Fotos comprometidas de un político. La muerte del denunciante de un caso político de corrupción en extrañas circunstancias. Los últimos sondeos electorales. Escaramuzas violentas en África. Tres casos más de extinciones de grandes especies. Un nuevo yacimiento de petróleo agotado. Otro incidente en un reactor nuclear.

Cientos de noticias incómodas que necesitan rectificación; otras tantas que requieren interceptación y muchas más que me obligan a intentar encontrar a los sediciosos.

Es una guerra de información. Cuando la desidia de los ciudadanos permitió a gobiernos comprados por grandes lobbies legislar en su contra, la democracia murió incluso antes de haber llegado a madurar. Ahora es tarde; grupos de idealistas intentan sembrar la Red de protestas e información y una legión de censores, apoyada por una maraña de bots automáticos, se afana en que sólo lleguen noticias de prensa rosa, deportes diversos e información innecesaria a la plebe.

Disturbios en El Cairo; violentos enfrentamientos entre las fuerzas del orden y los manifestantes. Miles de muertos.

La dimensión es tan grande que sobrepasa la capacidad analítica del bot. Es bastante listo para saber cuándo hay que pedir intervención humana y me pasa la decisión. Me dispongo a borrarla y a configurar

taba un recibidor renovado y algunos estudiantes sin uniforme se dedicaban a escribir mensajes en sus teléfonos celulares.

No, no habría problemas; así que Antonio Figueras decidió averiguar qué era lo que le había deparado el Destino. Ingresó de nuevo al colegio. Sin inmutarse, comprobó que todo había vuelto a principios de la década de los ochenta.

Volvió a tomar asiento en el lugar que se le había asignado.

Debía esperar.

Después de todo, tenía una entrevista de trabajo, ¿no?

El Destino había arreglado que él, Antonio Figueras, se presentara a cubrir un cargo vacante en su viejo colegio de la primaria.

Sería maestro por ese día.

Sería maestro de... Antonio Figueras, por supuesto.

Lo atendió un hombre bajo, de textura maciza. "Evaristo Radas", se dijo Figueras, mientras era conducido por su ex tutor a lo largo de un pasillo, rumbo a los cursos de séptimo.

—¿Así que usted escribe? —deslizó Radas, mientras esquivaban al raudo personal de maestranza.

—Alguna cosa —dijo Figueras, sabiendo que el futuro le reservaba una carrera como escritor, a la par de su labor docente—. Nada importante.

—Eso es bueno —aprobó Radas, con un gesto grandilocuente.

"Eso es bueno", repitió Figueras, recordando con satisfacción la vieja venia aprobatoria del tutorado.

Se detuvieron, por fin, ante una puerta.

Figueras levantó la vista: "7° C", rezaba el cartel.

—Los chicos son buenos —soltó Radas, mientras ingresaban al curso.

"¡Mentira!", se decía Figueras. "¡Éramos unos malditos demonios!"

—¿Caballeros? —Radas cruzó el aula hasta detenerse bajo el crucifijo que abría los brazos al alumnao—. ¿Nos ponemos de pie, para saludar?

Los chicos se pusieron en posición de firmes, junto a los pupitres. Figueras no los miró; no se atrevía. No muy lejos, en los bancos de la derecha, que se recortaban junto a los ventanales, estaría...

—Quiero tener el honor de presentarles... —comenzó Radas.

"A un nuevo profesor", susurró Figueras, algo más tranquilo; había tomado la precaución de modificar su apellido, de manera de no alarmar a la audiencia.

Radas continuó: —El profesor Fernández suplirá por hoy a nuestra querida profesora Cernadas. Esperamos, desde luego, hacerlo sentir como en su casa, ¿de acuerdo?

Un tímido "sí", urdido entre tres o cuatro voces, se levantó de la concurrencia.

—Por otra parte, agregaré un dato interesante —continuó Radas—: el profesor Fernández es ex alumno de la casa. —Miró a Figueras y le palmeó el hombro—. ¿De qué promoción, profesor?

Figueras no había pensado en eso. Echó un vistazo a los cuadros de promociones que colgaban a espaldas de los alumnos, sobre el horizonte de los percheros.

a Juan Manuel

Algo golpeó su zapato.

El hombre miró bajo la silla y descubrió el proyectil.

Lo levantó.

Era un autito, un cochecito. De plástico. Plástico blando, con ruedas negras. Por lo menos, las ruedas que tenía, ya que le faltaban las dos de adelante. En su lugar, presentaba una cuchara. ¡Una cuchara en lugar de ruedas! “¿Los chicos de hoy se divierten todavía con esto?”, pensó.

Por supuesto que no.

Eso había sido... ¿Cuándo? ¿Mil novecientos ochenta..., ochenta y uno? ¿O antes?

—¿Señor?

Levantó la vista.

—¡Lucas!

El niño abrió la boca y pestañeó, sorprendido.

—¿Me conoce, señor?

—¡Lucas, por el amor de Dios!

Pero se silenció. Abrupta, torpemente.

El niño tomó el autito de las manos del extraño señor y se alejó a toda prisa. El hombre lo miró alejarse, con el delantal gris impecablemente planchado.

“¡Lucas Acevedo!”, concluyó el hombre para sus adentros, y sintió deseos de levantarse y huir. Atisbó la calle por la puerta principal de acceso al colegio. Lo tranquilizó ver el movimiento peatonal regular y el desplazamiento de automóviles y transportes públicos, que circulaban ruidosamente. Hizo una prueba. Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Franqueó el umbral. Ningún problema, como lo supuso. Se encontraba en la calle, en la calle del siglo XXI, entre transeúntes contemporáneos y vehículos modernos. Miró el interior del edificio: el colegio ostentaba

el *bot* para que elimine toda referencia cruzada o posterior.

Un suave roce en mi conciencia; un pensamiento ajeno que se ha transmitido de alguna manera a mi mente aflora desde mi subconsciente, abriéndose paso con delicadeza hasta niveles cognitivos. A cada cota que sobrepasa, inunda mi mente de sensaciones, recuerdos ajenos, experiencias que encajan sutilmente con conocimientos teóricos, elevándome un peldaño más hacia la clarividencia.

—No borres la noticia —susurra una voz casi en el límite de la audición.

Reconozco el timbre; es ella. Pero por primera vez estoy despierto y consigo entender lo que dice a nivel consciente. Hasta ahora sus palabras no tenían sentido, pero desencadenaban pensamientos complejos y emociones profundas. Hoy es distinto.

Una explosión en mi cerebro; más recuerdos ajenos. La imagen de una mujer difusa; unos ojos negros bellos y profundos, una piel agraciada por la genética y embellecida por el sol. La sensación de su presencia se hace insoportable. Siento un roce en la mejilla, un suave perfume, el recuerdo de un beso que nunca recibí, la añoranza de alguien que jamás tuve.

Una nube de etiquetas revolotea a mi alrededor como avispas furiosas, mientras ella se retira dejándome solo, triste y confuso. Mi ordenador principal aguijonea mi interfaz neural exigiendo atención; las alarmas se han vuelto locas y la mitad del sistema se ha derrumbado. El diagnóstico

indica la intrusión de un troyano de nivel 1, pero no hay rastro de él.

Un mensaje urgente de mi supervisor hace que la interfaz me aplique el máximo de sensación de dolor, obligándome a prestarle atención.

De: Supervisor del distrito

*A: Grupo de trabajo,
sector 675.sul*

Se ha detectado una intrusión de nivel 2 en todos los controladores de calidad de noticias. Se está investigando su origen.

Ha quedado patente que ningún controlador ha sido capaz de combatir la intrusión. Debido a la incompetencia demostrada, nos vemos obligados a penalizar al grupo con dos turnos extras no remunerados.

No me da tiempo de contestar; mi turno ha acabado y la conexión se corta automáticamente, pasándola al siguiente controlador. Felizmente parece que nadie rastreó lo que me ha pasado.

—Ayúdame —dice ella por la interfaz. Ha vuelto.

—¿Quién eres? —consigo decirle, a pesar del aluvión de sensaciones que ha inundado mi mente junto con sus palabras.

—Piensa en ello y lo recordarás.

—Esta vez me deja un suave sabor a carmín en los labios.

La sensación desata recuerdos hace mucho tiempo olvidados; me traslada a mi adolescencia y a Nina, mi primer amor.

El universo da un vuelco; el tiempo se ralentiza como si estuviera al borde de un horizonte de sucesos, haciendo que mi consciencia se estire como un nanotubo. Otra mente se acerca a la mía con suavidad, fundiéndose con ella. Dos vidas se condensan y se retuercen sobre sí mismas como dimensiones afines durante un particular *big bang*.

Todo encaja. Ahora sé por qué la quiero. Es como si durante estos años que han pasado hubiéramos estado juntos, compartiendo cada momento, creciendo, madurando, compenetrándonos. También sé lo que tengo que hacer: es bello, sutil y peligroso.

Salgo de la conexión, activo el menú principal del ordenador y lanzo secuencias prohibidas, eludiendo los mecanismos de control. Cientos de *bots* invaden la red; llevan mi identificación y tienen vía libre por algunos segundos, pues los sistemas los identificarán como censores. Durante ese tiempo, porciones de la Red se caen; otras se activan. La Red es libre durante 3467 milisegundos; un bostezo para un humano, una eternidad para las IAs. La revolución ha empezado y lleva mi ID.

Ejecuto más comandos y formateo todo el contenido de mi ordenador. Salto de la hamaca, me quito rápidamente todas las interfaces, reúno mis pocas pertenencias en una mochila y abandono el cubículo. Una alarma trueno en algún lugar. El ascensor no funciona.

Corro por la calle. Al doblar la esquina oigo una sirena, el zumbido de un

motor eléctrico de alta potencia, chiriir de neumáticos. La patrulla se para frente a mi edificio y dos agentes enfundados en trajes de combate irrumpen en el atrio.

En la esquina, un chico alto y joven está sentado en una moto. Lo reconozco al quitarse el casco; está en los recuerdos de Nina. Me arroja el casco con gracia, al mismo tiempo que se baja del vehículo. Es una vieja reliquia de motor a combustión, reconvertida para funcionar con etanol biológico.

—Trátala con cariño —señala con la misma amplia sonrisa que recuerdo que tiene desde que era niño.

—Te la devolveré entera.

—Toma —dice alargándome unos guantes—. Ten cuidado —susurra, mientras se va andando tranquilamente calle abajo.

El sistema de realidad aumentada se conecta automáticamente al ponerme el casco. El viejo motor despierta haciendo que el bicilindro ronronee suavemente; ruge cuando retuerzo el acelerador y salgo catapultado por la sucia calle. Unas luces azules aparecen en mis retrovisores acercándose velozmente. Acelero. El motor aúlla cuando la centralita cambia el mapa de encendido a modo competición, forzando a que la aguja del cuentavueltas baile cercana a la zona roja, pero la máquina sigue acelerando como si quisiera traspasar los abismos cuánticos y escapar de esta dimensión.

El casco es realmente bueno; me permite conducir a velocidades inadmisibles por la decrepita ciudad y en poco tiempo consigo dejar atrás

carajo voy a reclamarle aquí? No hay caso; sin sindicatos la vida es un infierno.

¿“Infierno”, dije?

—¡Hola, Leonardo! ¿Qué hacía, papurri?

—El amo mi ha chiamato. Quiere un laboro speciale. Per fortuna qualcuna cosa que me saque della mía condena.

—¿A vos qué te tocó, loco? Tanto tiempo de conocernos y nunca me contaste.

—Mi anno lavato los conocimientos; me dieron una mente píccola. Estoy viviendo en la edá di pietra. En una famiglia con una hembra e due figlie.

—¡Je, je, je!, qué turros que son por acá. No me digas que justo vos le tenés que dar masita a una mina, y encima una bien fulera.

—Si “masita” quiere decir sexo; “mina”, *donna*, y “fulera”, bruta, entonces sí, ai dato con la veritá. Y como sonno una bestia desenfrenatta, también tengo sexo con la más figlie. ¡Abominabile!

—Che, tenés razón, ahora me doy cuenta de que se me “pegó” el dialecto local. Debe ser por ver tanta tele de acá. ¿Me querés decir por qué carajo tenemos que andar por esta zona?

—Sempre si ha formato il nostro Abismo en relazione con il “arriba”.

—¿O sea que estoy hablando como hablan los de arriba? ¡Qué cagada! Y encima me gusta. Mirá, hasta me siento el mejor de todos. Me volví fanfarrón de golpe. Sí, tengo que dejar de ver televisión local. Pero, decime: ¿qué laburo le vas a hacer al amo?

—Dodici estatue, una con cada fémica diversa, en posturas en que él está sometiendo di manera potente a cada una. Li piace en la entrata a cada categoría.

—¿Potente? ¡No me jodas, boludo! Se me parte el culo de risa. Bueno, mejor no, que ya sabés que eso no te lo perdonan por aquí. Pero supongo que te enteraste que vas a tener que usar mucho la imaginación, porque al viejo no se le para ni con poxipol. Esperá, esperá, ahora que me lo decís... Tenemos diez entradas, una por cada pecado, pero me dijo que trajera doce yeguas.

—Le va a pedir al il Patrone que agregue due peccato a la lista, cosí concuerdano con lo dil zodiaco.

—¡Uy! ¡La que se va a armar! Ya me veo laburando a cuatro manos. Es dura la vida del mensajero. ¿“Vida”, dije? No, si esto empeora más vamos a ser igual que arriba. Chau, Leonardo; rezá para que el “arriba” cambie. ¿“Rezá”, dije?

© RICARDO G. GIORNO, 2010.

RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

En **NM** publicó “Sólo trabajo” (# 1), “Gómez y Ricuti” (# 3), “Las moscas son las primeras en darse cuenta” (# 5), “¡Oh, el fútbol!” (# 10), “Dolores que se pasan” (# 12), “El tiempo es un capricho que nos imponemos” (# 14) y “Argentina potencia” (# 17).

“bataclanas”. Está atrasado; no sabe que arriba el idioma cambia constantemente.

—¿“Arriba”, dije?

—¿Quién era el que cuidaba a las *strippers*? Ah, sí, ahora me acuerdo; ése que cantaba pelotudeces y las minas se calentaban de lo lindo. Aunque él pateaba para el otro arco. Bien, estoy cerca.

—¿Qué hacía, Ricky? Tanto tiempo.

—Hola, Bellar. ¡Qué guapo, hombre!; dime cómo haces pa'mantenerte así, cabrón.

—Pará la mano, flaco. Vengo a buscar doce minitas de las más jóvenes y putarracas.

—Pasa tú, que a mí me da asco de sólo verlas. He vivido la vida loca y así me pagan, vigilante de esa parvada de locas hirvientes.

—A ver, a ver: ésta, esta otra, aquélla, las dos que se están toqueteando. Mmm, sí, ya tengo las doce. Chau, Ricky, nos vemos.

—Oye, Bellar, ven más seguido pa'cá; sabes que me aburro como una ostra.

—Sí, flaco, no hay problema; esperá sentado que ya vengo.

—¿Para qué querrá mi amo a doce de éstas? Si hace como chorrocientas décadas que no la enchufa. Y eso que Hipócrates, cuando viene con el de barba, no se cansa de decirle: “Usted debe tener sexo con más asiduidad, mi querido amigo; eso hará que su carácter se suavice, que la felicidad anide en su pecho”. Qué bárbaro este tordo; qué palabras difíciles que se manda. Pero mi amo, nada de nada. Y eso que de vez en

cuando trata de colocarla, ¿eh? Pero no hay caso; al final tengo que atender yo, el mensajero.

—¿Por dónde era que tenía que pasar? Ah, sí, las cavernas de los viejos rockeros, ésos que se suponía que nunca iban a morir, ¡je, je, je! Qué lo parió, y justo tenemos que pasar por este lado con semejante cargamento de minas alzadas.

—¡Pará, turra! No te hagás la boluda que te vi. ¿Y a mí qué carajo me importa que el chabón tenga pantalones de cuero?... Mirá, pendeja, seguí caminado y no hagas quilombo... ¡Chau, Amadeus!

—¡Hola Bellar! ¿Sabes cuánto falta para mi turno?

—¿Qué, otra vez te estás haciendo el sordo?

—Calla, no vayan a oírte. Prefiero la sordera a esto. Mira cómo me pagan toda una vida dedicada a la música: ¡portero de este garito de rockeros viciosos y descerebrados!

—¿Qué querés que te diga? A propósito, ¿está Morrison?

—Recién ha pasado por aquí. Venía cual desecho. ¡Bah!, como siempre.

—Decile que el amo lo anda buscando.

—¿Esta vez qué necesita? ¿Una papelina, costo, farlopa, tripis...?

—¡Shhh!, que hay orejas hasta en las piedras, che. Bueno, me voy... ¡Caminen, trolas! Que acá no entra ninguna por más que se les caiga la baba.

—¿“Baba”, dije?

Ahora derecho para lo del amo. ¿Por qué mierda me manda varios encargos a la vez? Y, claro, ¿a quién

a los coches que me persiguen. Cuando empiezo a pensar que me he librado, el sonido de un helicóptero me devuelve a la realidad. Un punto rojo baila en el asfalto justo a mí alrededor; unos instantes después, una columna de géiseres parecen brotar del pavimento cuando la ametralladora del helicóptero vomita una andanada de proyectiles calibre cincuenta.

El sistema me avisa que entra en modo táctico; conecta con mi interfaz neural, combinando las imágenes con órdenes y sensaciones en la interfaz. Un torrente de adrenalina invade mi sangre, junto con algunos estimulantes sintéticos producidos por la interfaz; mi percepción del tiempo cambia al pasar al modo acelerado. Viejos ingenieros japoneses hicieron bien su trabajo, pues la máquina aguanta el esfuerzo cuando una pequeña botella de nitrometano derrama su contenido en el sistema de inyección, ganando varios caballos adicionales. Un trinomio biológico, electrónico y mecánico en perfecta simbiosis se desliza velozmente con gracia insana, mientras las balas trazadoras dibujan estelas blancas como calaveras a nuestro paso.

La excepcional montura brama al borde del corte de encendido mientras entramos en un túnel; se acaba el nitrometano, haciendo que pierda aceleración. Dos pequeños misiles nos persiguen como ángeles vengadores en la negrura del pasadizo.

La fantástica CPU del casco me avisa que frene y penetre por un angosto corredor de servicio. Freno con todas mis fuerzas. El ABS se

activa forzándome a desconectarlo; en el último momento derrapo con la rueda de atrás y entró en el corredor. Al pasar veo como una puerta automática se cierra detrás de mí; escucho un trueno lejano mientras los misiles impactan en la esquina del corredor.

Apago el motor y salto de la moto todavía bajo los efectos de las hormonas que bombea mi interfaz. Al quitarme el casco vuelvo a ser yo mismo, con el miedo y la tensión contenida invadiéndome. Me flaquean las piernas y termino vomitando y tembloroso en una esquina. Después de lo que parece una eternidad, una voz conocida me trae de vuelta al mundo de los vivos.

—¿Te encuentras bien? —dice Nina. Ya no está en mis sueños, tampoco en la interfaz; ahora es real.

—Sí, sí... —consigo contestarle. Ella se agacha a mi lado, abrazándome fuertemente—. Te he echado de menos —digo, cuando consigo repormerme.

—Te hemos esperado todos estos años —contesta ella—; nuestra hija Atenea y yo.

Entonces todo encaja entre mis recuerdos reales y los implantados. Atenea, el nombre del sistema experto que diseñó hace años para una compañía de análisis bursátiles. Ellos consideraron el sistema ineficiente y amenazaron con demandarme con todo el peso de un carísimo bufete de abogados. Acabé llegando a un acuerdo y cediéndoles la autoría del *software* a cambio de que me pagasen el tiempo empleado y de que no se

hablase más del turbio asunto. Después supe que la compañía estaba ganado fortunas en bolsa.

La familia de Nina estaba en la resistencia desde siempre; por eso desaparecieron de mi vida. Años después ella se topó con Atenea por accidente, pero dedujo el potencial.

Robó el código y borró la capacidad de Atenea para operar en bolsa; en el espacio disponible insertó aptitudes de diseño de *hardware* y la dejó aprender. Ella acabó diseñando una nueva generación de *hardware* increíblemente rápido. La instaló en ese nuevo equipo y la instruyó sobre desarrollo de *software* y técnicas de inteligencia artificial, dejándola tranquila mientras aprendía y se reprogramaba. Al cabo de menos de un año Atenea reescribió su código y generó una nueva versión de *hardware* capaz

de albergar el nuevo *software*. Después de varias interacciones del binomio *software* y *hardware*, tomó conciencia de sí misma, transformándose en la primera hija no biológica de la humanidad.

Atenea comanda ahora la resistencia. Desarrolló los virus de interfaz que consiguieron entrar en contacto conmigo; fue quien me hablaba directamente al principio. Después modeló los recuerdos de Nina y me los transmitió. Finalmente, nos puso en contacto.

Durante los pocos segundos que libere la Red, hijas menores de Minerva se dispersaron instalándose en los principales nodos. El ciberespacio vuelve a ser libre; en breve lo será el mundo.

© VÍCTOR M. VALENZUELA, 2010.

VÍCTOR MANUEL VALENZUELA REAL
(España —Sevilla, 1959—)

Ingeniero de *software* dedicado al desarrollo y las nuevas tecnologías, firme defensor de la libertad de las ideas y la información, lector asiduo de ciencia ficción y partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias.

Ha publicado en **miNatura** 102 y 103, **Cosmocápsula** 3, **Portal Cifi**, **Exégesis** y **Aurora Bitzine**, entre otros.

BELLAR

RICARDO G. GIORNO

Mi amo pretende que esté en todos lados al mismo tiempo y eso sólo lo puede hacer el Otro, el que mete miedo de verdad. Ése que asoma con la barba bien cortada y cara de pelotudo alegre. Sí, a mí no me va a vender esa carita; es capaz de hacerte la guachada más grande con una sonrisa condescendiente. Mejor ni pienso en Él, a ver si se aparece, y mi señor no tiene mejor idea que mandarse la parte dándome encargos difíciles. Justo a mí, al rey de los vivos. Bueno, ¡je!, es un decir. Aquí, vivo, lo que se dice vivo, vivo no hay nadie. Todos llegan muertos. ¡Y hay que aguantarse a cada uno! Claro, mi amo se caga en todos y, cuanto más protestan, más se ensaña. Soy yo el que se tiene que aguantar las quejas. Yo, el mensajero... Y sí, es dura la vida.

¿“Vida”, dije? Bueno, hoy no es mi día. ¿Dije “día”? Tengo que dejar

de ver televisión local, tengo que dejar...

—¡Alto!, ¿quién vive?

—Escuchame, Orestes, ¿cuántas veces te tengo que decir que la guerra acabó, que ya estás muerto y que me dejes de romper las pelotas con todas estas boludeces militares?

—¡Mi general! Los romanos nos atacarán por el flanco derecho. Tengo presta la defensa. ¡Mi general!

—Ma sí, flaco, seguí soñando. Yo no te lo digo más.

Al final, los que tuvieron más poder en la Tierra son aquellos a los que más les cuesta darse cuenta dónde están. ¿Qué tenía que hacer, yo? Ah, sí. Mi amo me pidió una docena de batallas jóvenes. No sé para qué, si la tiene como un maní... Bueno, bueno, otra vez pensando mal del amo. Y si se da cuenta me rompe el culo. Y encima las llamó